

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

LA RUBIA ASESINA

Lou Carrigan



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

La rubia detuvo el coche en plena Pennsylvania Avenue, en el centro de Washington, y se quedó mirando el lujoso edificio de apartamentos. Luego, volvió la cabeza, y a través del cristal zaguero del coche, vio la Casa Blanca, en la distancia. Una apretada sonrisa pasó, fugaz, por los labios excesivamente maquillados de la rubia Mae Barrett.

Volvió a mirar el edificio de apartamentos, y a esto estuvo dedicada durante un par de minutos. Luego, procedió a recoger sus largos cabellos en la nuca, sujetándolos con unas horquillas, hasta que consiguió un bonito y juvenil moño alargado. Se puso unas gafas de cristales oscuros, muy grandes. Luego, una chaqueta de discreto tono azul, de suave tejido muy suelto. Junto a ella, en el asiento contiguo, estaba el portafolios; lo abrió, echando un vistazo a la pistola provista ya del silenciador. *Okay*. Finalmente, salió del coche, lo cerró, y se dirigió hacia el edificio de apartamentos que había estado mirando. Mientras se acercaba, consultó su relojito de pulsera: las seis menos diez minutos de la tarde.



Lou Carrigan

La rubia asesina

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1491

ePub r1.0

Lds 10.01.19

Título original: *La rubia asesina*

Lou Carrigan, 1979

Cubierta: Deslio

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



EL SEPELIO

El difunto se llamaba (o se había llamado) Michael Dennison.

Edad, al fallecer: sesenta y un años.

Profesión: miembro de la Junta Consultiva de Asuntos Sociales del Presidente de los Estados Unidos de América.

Causa de la muerte: suicidio.

Familia: una hija, Loretta.

Eso era todo.

Ni siquiera se podía decir que el difunto hubiese tenido muchos amigos, a juzgar por la asistencia al sepelio. Todo lo más, un par de docenas de personas, entre las que solamente había una mujer, la hija de Michael Dennison, Loretta.

Loretta Dennison: veintitrés años, pelirroja, hermosos ojos verdiazules, cuerpo espléndido, rostro bellissimo, visiblemente pálido en aquellos momentos en que el ataúd que contenía los restos mortales de su padre era colocado en la tumba, en aquella tarde gris y pesada, de verano. Parecía que podía llover en cualquier momento.

El silencio era total en el pequeño cementerio de la ciudad de Washington. Junto a Loretta Dennison, el pastor que había efectuado los mejores deseos para la eterna felicidad de Michael Dennison en la Otra Vida.

Algo más atrás, los demás asistentes, todos ellos silenciosos, todos sombríos. En alguna parte del cielo hubo un estallido de luz quebrada, resplandeciente; el cielo parecía hincharse de calor y de lluvia. Unos segundos más tarde llegó el estampido del trueno.

Finalmente, todo terminó. Michael Dennison, adiós. Adiós para siempre.

No se podía hacer más por él...

¿O sí?

El pastor se despidió de Loretta, la bella pelirroja de rostro pálido, y hermosos ojos verdiazules. Luego, uno de los hombres que más cerca habían permanecido de la muchacha, se acercó, con gesto un tanto indeciso.

La tocó en un brazo.

—Loretta...

Ella volvió lentamente la cabeza. ¡Qué hermosos ojos tenía!

—¿Sí? —musitó.

—Va a llover de un momento a otro... Creo que deberíamos retirarnos todos.

Loretta Dennison alzó la mirada hacia el cielo, y pareció que sus ojos se tiñesen de aquel tono gris perla amenazador. Luego, volvió a mirar al hombre. Un sujeto interesante: alto, delgado, de puntiaguda barbilla, cabellos cortos, tiesos, y penetrantes ojos oscuros. Hasta hacía unos años, aquel hombre, como su padre antes, se había dedicado al espionaje. Luego, mientras su padre decidía cambiar de ruta, en cierto modo, el otro había seguido adelante en el espionaje, y actualmente ostentaba la jefatura de los unos de los grupos de la CIA. Su nombre: míster Cameron, simplemente.

—Sí... —musitó Loretta—. Parece que va a llover.

—Será mejor que regreses a casa. Con mucho gusto te acompañaré... Ya sabes que sentía un gran afecto por tu padre.

Sorprendentemente, Loretta Dennison sonrió. Fue una sonrisa luminosa, cariñosa, espontánea como los relámpagos que iluminaban el cielo gris. Loretta sonrió porque sabía que aquélla era una de las pocas verdades que podía escuchar en su vida.

—Lo sé, señor —aceptó—. Lo sé muy bien.

Cameron palmeó una mano de la muchacha, intentando a su vez sonreír.

—Todo pasará —aseguró—. Anda, vamos a casa.

—No.

—Vamos, no seas niña, Loretta. No vas a conseguir nada quedándote aquí, salvo mojarte. ¿Qué ganarías pillando una pulmonía, o un simple resfriado? Ya nada tiene remedio.

—Es que no voy a mi casa, señor. No podría... estar allí ahora. Sé que algunas personas vendrán a darme su condolencia, de un modo u otro. Y a hacerme preguntas... afectuosas. No quiero

someterme a esas preguntas, no quiero ver a nadie. No quiero que nadie me interrogue de nuevo sobre los motivos que pudo tener mi padre para suicidarse.

—Te comprendo, pero...

—Voy... a emprender un viaje. No sé adónde iré. Tengo el coche preparado, he puesto ya en él algo de equipaje, he dejado cerrada la casa, no sé adónde iré. Quizá a Florida, quizá a California. No sé. A alguna parte donde haya sol, y nadie me conozca.

—Bien... Quizá sea una buena idea. Los dos sabemos que muchas personas irán a visitarte, impulsadas por el morbo, o cuando menos, sólo por la curiosidad. Comprendo que quieras huir de eso.

—Gracias. Me iré ahora mismo. Esta noche ya no dormiré en casa.

Míster Cameron todavía titubeó unos segundos, pero no tuvo más remedio que resignarse, definitivamente.

—De acuerdo. Ten cuidado. Hazme saber dónde estás, y si necesitas algo, cualquier cosa...

—Lo sé bien, señor. Por el momento, no necesito nada..., salvo estar sola. Por favor, despídame de los demás, y deles las gracias, en mi nombre, por sus atenciones.

Cameron asintió, dando unas palmadas en una mano a Loretta Dennison. Ésta dirigió una última mirada a la tumba de su padre, y acto seguido se dirigió hacia la salida del cementerio, ante el desconcierto de los asistentes al sepelio. Míster Cameron estuvo mirándola hasta que desapareció de su alcance visual. Luego, se acercó al grupo de hombres, y explicó con pocas palabras la decisión de Loretta. Todos se mostraron comprensivos al respecto.

—Creo que yo haría lo mismo —dijo Elmer Talbott.

—Y yo —aseguró Spencer Barton.

—Es un mal momento para Loretta, desde luego —añadió otro, llamado Ira Orwell—. Y para todos nosotros, como compañeros de Michael.

Talbott, Barton, y otros dos, llamados Galloway y Rooney, asintieron, mientras los demás asentían también. En efecto, aquellos hombres eran los que más debían sentir la ausencia de Michael Dennison, pues no en vano llevaban tiempo trabajando con él...

—Todos lo hemos sentido —añadió otro de los asistentes—. Lo

que no comprendo todavía es qué pudo impulsar a Michael a...

Se calló, de pronto. Sonrió como disculpándose, mientras los demás, e incluso él mismo, pensaban que Loretta Dennison tenía razón: si se quedaba en casa, todos se preguntarían lo mismo que el que había hablado en último lugar..., y no todas las personas tienen el tacto de saber permanecer callados.

—Creo que debemos marcharnos todos ya —dijo Cameron—. Hasta la vista, caballeros.

—Pero que no sea en estas circunstancias —murmuró Barton.

Hubo una despedida general, y cada cual tomó su camino. Cameron llegó poco después adonde le aguardaba su coche, con un hombre sentado ante el volante. En el asiento de atrás había otro hombre, que señaló hacia arriba.

—Un poco más, y la lluvia lo habría empapado, señor.

—Sí... Es cierto.

—¿Tiene ya elegido a su hombre para este asunto, señor?

—Sí.

—Bien... De todos modos, se me ha ocurrido que quizá Dennison se suicidó, simplemente.

Cameron permaneció pensativo unos segundos, mirando la lluvia, que había comenzado a caer, lenta, como pesada, tibia.

—Quizá —admitió finalmente—. Pero a nosotros nos gustaría saber por qué, ¿no es así? No vamos a preguntárselo a su hija, pero la pregunta está en el aire, porque Dennison fue siempre un hombre muy equilibrado. Lo conocía muy bien personalmente, pues estuvimos juntos hace años en algunos trabajos... Eramos amigos personales, dentro de la profesión. ¿Se ha suicidado Michael? De acuerdo. Pero... ¿por qué?

—No será fácil saberlo.

—No... —admitió Cameron—. No será fácil. Pero si algo se puede saber, estoy seguro de que el agente que me está esperando en mi despacho lo averiguará.

—¿Tan eficaz es, señor?

Cameron se limitó a asentir con la cabeza, sin mirar a su ayudante. Sí, sabía positivamente que el agente para misiones especiales, Rufus Bryant, era muy muy eficaz.

Eficacísimo, sin duda alguna.

Al menos, lo había sido hasta entonces.

CAPÍTULO PRIMERO

Rufus Bryant medía exactamente metro ochenta y cuatro, era rubio, de ojos gris acero, mentón saliente, boca delgada y de gesto hermético, serio como una piedra, y casi tan silencioso como ésta. Esperó a que su impresionante jefe se sentara tras la mesa de su despacho, y sólo entonces lo hizo él, en el sillón que se le había indicado. Aceptó el cigarrillo, lo encendió, y se quedó mirando a su jefe. El no tenía ninguna prisa, desde luego.

Afuera, la lluvia caía sobre los verdes prados que rodeaban la central de la CIA, en Langley.

El jefe de Rufus Bryant comenzó a hablar de pronto, tras expeler una larga y recta estela de humo.

—¿Está al corriente del suicidio de Dennison, Rufus?

—Sí, señor.

—¿Ha estudiado todos los detalles, en el informe que hemos elaborado?

—Por supuesto, señor.

—¿Y qué opina?

—Opino —dijo sosegadamente Rufus Bryant— que *parece* un suicidio, señor.

—¿He oído mal o ha dado usted una entonación especial a la palabra *parece*?

—Le he dado una entonación especial, señor.

—¿Por qué?

—Porque si usted no está conforme con lo que *parece* es posible que lo que *parece* no sea verdad.

—Ya. Bueno, debo decirle que no tengo nada en qué basarme para suponer que hay algo raro en este suicidio. Quiero decir, nada tangible, nada real. Es sólo una corazonada personal, ocasionada sin

duda por mi amistad con Michael Dennison, De modo que es muy posible que los dos perdamos el tiempo.

—Nunca se pierde el tiempo, señor, porque siempre se aprende algo. ¿Desea usted que investigue en torno al *aparente* suicidio de Michael Dennison?

—Sí. Pero con la máxima discreción. Digamos... como si fuese un... pasatiempo que usted y yo nos hubiésemos inventado. Lo que quiero decir es que no debe usted recurrir a la CIA oficialmente..., salvo circunstancias excepcionales, naturalmente...

—Creo que podré arreglármelas solo —casi sonrió Bryant.

—Sí... —Casi sonrió también Cameron—. Seguramente, podrá arreglárselas solo. Le he preparado un *dossier* con todo lo referente a Michael Dennison, desde que ingresó en la CIA hasta el momento de su muerte. Es una historia interesante, de un hombre que se jugó la vida muchas veces. Lo encontrará todo en el *dossier*, incluso sus últimas actividades, ya fuera del servicio activo del espionaje... Era un hombre muy moderado, juicioso, sereno, objetivo como pocos he conocido. Naturalmente, fue por esto que el propio presidente lo eligió para formar parte de la Junta Consultiva de Asuntos Sociales...

—Está usted describiendo al hombre que *no* parece propenso al suicidio, señor.

—Ésa es la idea... —asintió Cameron, complacido; empujó hacia Rufus una gruesa carpeta—. Aquí lo tiene todo. Incluso fotografías, modernas y antiguas... Todo. Estoy seguro de que estará en condiciones de empezar a trabajar antes de veinticuatro horas. Pero, Rufus, recuerde: esto es algo entre nosotros.

—Sí, señor: entre nosotros. Nadie más sabrá nada, Señor. Es decir, se me ocurre que la hija de Dennison...

—Olvídela. No quiero que esa muchacha sufra más mortificaciones, Rufus.

—Sí, entiendo. Bueno, no va a ser fácil conseguir algo con buena base informativa, sin recurrir a esa chica, pero lo intentaré. ¿Me puedo llevar esto a casa o es mejor que lo estudie aquí?

—Preferiría que todo el *dossier* no saliese de este despacho, Rufus. No se duerme tan mal en un sofá, después de todo.

—No, señor... —sonrió, por fin, Rufus Bryant—. Por otra parte, he dormido en sitios mucho peores que un sofá tan confortable

como el de su despacho, señor. Bien, empezaré ahora mismo... Estoy seguro de que mañana a la hora del almuerzo estaré ya en condiciones de trabajar. Quizá encuentre algo por dónde empezar: un dato, un nombre, una foto... Si algo extraño ha ocurrido, tarde o temprano encontraré el detalle, señor. Con su permiso, voy a empezar ahora mismo a leer todo esto...

* * *

Era una rubia preciosa, que en aquel momento tenía en la mano una cuartilla escrita a mano, con unos cuantos nombres. Los nombres eran los siguientes:

**SPENCER BARTON JAMES GALLOWAY IRA ORWELL JOEL ROONEY ELMER
TALBOT**

Junto a cada nombre, había escrita una dirección, que la rubia estuvo leyendo una vez más detenidamente. Sería estúpido confiar excesivamente en su memoria, y cometer luego un fallo. Los pequeños fallos son siempre los que más contratiempos ocasionaban.

Pero no. No era probable que la rubia olvidase ya ninguno de aquellos nombres, ni sus respectivas direcciones, porque cuando, cerrados los ojos, los fue recitando en voz alta, no se equivocó en nada. Muy bien: la lista estaba aprendida.

Entonces, la rubia tomó la carterita de cerillas, obsequio del motel en el que se había alojado, y fue al cuarto de baño de la cabaña alquilada el día anterior. El motel se llamaba The Birds, y era un nombre muy apropiado, porque aquella mañana, al despertar, la rubia había oído cantos de pajarillos^[1] desde la cama; pajarillos que luego, mirando por la ventana, había visto, saltando entre las ramas de los pinos que formaban un agradable, silencioso y fresco bosquecillo alrededor del motel, sito a escasa distancia de Washington.

Sí, era un sitio agradable y tranquilo. La rubia había llegado la noche anterior, se había inscrito con el nombre de Mae Barrett, y luego se dejó acompañar por el encargado hasta su cabaña, conduciendo su coche alquilado entre los pinos. Por todo equipaje

llevaba una maleta, nueva flamante, recién estrenada. Y muy pocas cosas dentro. En realidad, lo único interesante del contenido de la maleta era la pistola. Una pistola también nueva, y un silenciador. Eso, algo de ropa, dinero, cigarrillos... Lo corriente. Excepto la pistola, claro.

La rubia entró en el cuarto de baño, encendió una cerilla, y aplicó la llama al papel en el que había escrito los cinco nombres masculinos. Cuando el papel estuvo ardiendo, lo colocó sobre el inodoro, de modo que las cenizas fueron cayendo allí. La última esquina del papel cayó todavía ardiendo, pero había estado tan bien calculado que cuando llegó abajo ya era sólo cenizas. La rubia apretó el botón de la cisterna, y el agua se llevó las cenizas.

Muy bien.

Asunto terminado... Es decir, empezado.

La rubia miró su relojito de pulsera: eran las doce y veinte minutos de la mañana, hora de pensar en almorzar...

* * *

—Almorzaré por ahí, señor, gracias. La verdad es que estoy deseando empezar a trabajar.

—Bueno —sonrió míster Cameron—, yo diría que hace ya muchas horas que está trabajando, Rufus. No ha dormido demasiado.

—Oh, estoy acostumbrado.

—Claro... Bien, ¿por dónde piensa empezar?

—Me dijo usted que la hija de Dennison no está en su casa, que partió con rumbo desconocido... Eso significa que no hay nadie en la casa, supongo.

—¿En la de Dennison? No, claro... Nadie.

—Me gustaría empezar por ahí, señor.

—Bueno. La idea no es mala, desde luego. Pero, como ya habrá supuesto, la CIA investigó la casa adecuadamente. La propia Loretta Dennison nos abrió la caja fuerte de su padre, lo revolvimos todo... No se obtuvo ningún indicio allí, Rufus.

—No es que quiera dárme las de más listo que mis compañeros, señor. Simplemente, creo que la casa de Dennison podría ser un buen punto de partida.

—De acuerdo.

Rufus Bryant puso una mano sobre el *dossier* que había estado estudiando a fondo; pareció como si, con este gesto, quisiera asegurarse de que todos los datos habían quedado archivados en su memoria. Asintió, fue adonde estaba su chaqueta, y se la puso, ocultando así la funda axilar que contenía su automática, cuyo contorno quedaba perfectamente disimulado por el traje, de corte especial.

—Utilizaré mi propio coche —dijo Rufus, volviéndose hacia su jefe—. En cuanto a nuestros contactos, dígame usted mismo cómo desea que los efectuemos, señor.

—Simplemente, llámeme por teléfono, y sólo una vez al día, salvo que haya algo especial en cualquier momento.

—¿Por teléfono? —se sorprendió Rufus—. Pero, señor...

—Solamente me dirá «nada», lo cual no significa nada para nadie —sonrió Cameron—. Si tiene algo interesante, diga «algo». Dos minutos más tarde, me llama por la radio de bolsillo, y yo le daré instrucciones.

—Eso es otra cosa —sonrió Rufus—. Bien, señor, hasta la vista.

—Adiós, Rufus.

Minutos más tarde, el agente para Asuntos Especiales, Rufus Bryant, salía del edificio de la CIA, tras cruzar el amplio vestíbulo, en el que dejó a varias mujeres estupefactas. Ciertamente, no parecía que Bryant fuese el hombre más indicado para pasar desapercibido..., al menos, allá donde hubiese mujeres.

Subió a su coche, encendió un cigarrillo, y quedó pensativo ante el volante. Bueno, allí tenía uno de los trabajos que a él le gustaban: un trabajo solitario, cerebral, en el que tendría que predominar el método, la reflexión, la parsimonia. Y la inteligencia. Aunque, en el fondo, Rufus Bryant temía que no iba a conseguir nada. Y ello, por culpa de Loretta Dennison.

Se quedó un par de minutos pensando en la muchacha. ¿Quién mejor que ella podía dar informes que facilitasen la comprensión de la decisión de su padre? Esto, suponiendo que, realmente, Michael Dennison se hubiese suicidado, claro. Era un asunto oscuro y sórdido, en el que solamente había algo luminoso: la hija del muerto. Y recordando las fotografías que había visto de Loretta Dennison, Rufus Bryant se sorprendió a sí mismo, sonriendo. Si,

señor, era una preciosa chica.

«De todos modos —reflexionó finalmente Rufus, mientras daba por fin al encendido del motor—, hay que admitir que la decisión de la chica tiene sentido: a mí tampoco me gustaría mucho que la gente viniese a preguntarme por qué se había suicidado mi padre».

Poco después, el edificio de la CIA había quedado atrás. Y otro poco más tarde, Rufus Bryant almorzaba en un pequeño parador cercano a Langley: un bocadillo de pollo, ensalada, café. Suficiente.

Debían ser las dos de la tarde cuando detenía su discreto «Ford» en las cercanías de la casa de los Dennison, un pequeño y bonito chalé en una zona residencial, al este de la ciudad. Todavía en el coche, estuvo meditando en la conveniencia de esperar a la noche... Pero no. Tendría que encender luces, y su presencia en la casa resultaría más evidente para cualquier vecino, que quizá tuviese la luminosa idea de avisar a la policía. Sería divertido. Claro que éste era un riesgo que igualmente iba a correr entrando de día en la casa, pero, precisamente por ser de día, si alguien lo veía, podía pensar que era él era de la policía..., o algo parecido.

Se apeó, cerró el coche, y se acercó a la casa. Sabía muy bien cómo abrir una puerta sin tener la llave, y lo hizo, utilizando la pequeña ganzúa de su cortaplumas especial.

Entró en la casa, cerró tras él, y se dirigió directo al salón, en el cual procedió a graduar las persianas para permitir la entrada a la suficiente luz. Al volverse, lo primero que vio, sobre la repisa de la chimenea, fue el gran retrato enmarcado... Dos. Dos retratos.

Se acercó, y examinó el de la derecha. Reconoció inmediatamente a Michael Dennison. Estaba con su esposa, ambos de pie, tomados de la mano, vestidos con elegancia y seriedad. Fotografía de boda; es decir, que tenía ya veinticuatro años. Michael Dennison se había casado a la edad de treinta y siete años; algo mayorcito ya, desde luego, pero para Rufus Bryant era comprensible que Dennison no se hubiese casado antes, porque antes había estado trabajando en el Grupo de Acción de la CIA, grupo que era propenso a proporcionar muchas viudas en las nóminas de la CIA. Sí, Dennison había hecho bien en esperar a ser requerido en otros servicios antes de formar una familia.

Y allá estaba, en el otro retrato, toda su familia. Loretta. La bella Loretta. La fotografía era un primerísimo plano del rostro de la

muchacha, en colores, naturalmente, y estaba dedicada a sus padres el día en que Loretta había cumplido dieciocho años. Es decir, cinco años atrás.

Rufus Bryant no tenía prisa. Así que, con el retrato de Loretta Dennison en las manos, fue a sentarse en un sillón. Le gustaba el silencio, aquella quietud densa, casi palpable... Y le gustaba Loretta Dennison. Era preciosa, de expresión dulce. Y había en su rostro como un aura de inteligencia, de decisión.

—Eres muy bonita —susurró Rufus—... Muy bonita, Loretta. Me gustaría saber dónde estás ahora, y qué estás haciendo...

* * *

La rubia detuvo el coche en plena Pennsylvania Avenue, en el centro de Washington, y se quedó mirando el lujoso edificio de apartamentos. Luego, volvió la cabeza, y a través del cristal zaguero del coche, vio la Casa Blanca, en la distancia. Una apretada sonrisa pasó, fugaz, por los labios excesivamente maquillados de la rubia Mae Barrett.

Volvió a mirar el edificio de apartamentos, y a esto estuvo dedicada durante un par de minutos. Luego, procedió a recoger sus largos cabellos en la nuca, sujetándolos con unas horquillas, hasta que consiguió un bonito y juvenil moño alargado. Se puso unas gafas de cristales oscuros, muy grandes. Luego, una chaqueta de discreto tono azul, de suave tejido muy suelto. Junto a ella, en el asiento contiguo, estaba el portafolios; lo abrió, echando un vistazo a la pistola provista ya del silenciador. *Okay*. Finalmente, salió del coche, lo cerró, y se dirigió hacia el edificio de apartamentos que había estado mirando. Mientras se acercaba, consultó su relojito de pulsera: las seis menos diez minutos de la tarde.

Entró en el edificio, y fue directa a la hilera doble de buzones para la correspondencia. Observada por el conserje, estuvo mirando los nombres de los inquilinos del edificio. Pronto hizo un gesto de asentimiento, y acto seguido se acercó al hombre, que salió de detrás de su lujoso mostrador, acudiendo a su encuentro.

—Buenas tardes —saludó Mae Barrett—... ¿Sabe si ha llegado ya el señor Vickers?

—Sí —asintió el hombre—... No hace ni cinco minutos que ha

subido.

—Menos mal —suspiró la rubia—. ... Llegué a temer que tendría que andar buscándolo por ahí. Olvidó algo en el trabajo, y he venido a traérselo a toda prisa, pues es un trabajo urgente... Apartamento 4-A, ¿verdad?

—En efecto. ¿Quiere que avise al señor Vickers?

—No, no, gracias; no se moleste.

—Como guste.

La rubia sonrió al conserje, se dirigió hacia el ascensor, y se metió dentro. Desde el vestíbulo, a falta de algo mejor qué hacer, el conserje vio en el indicador luminoso que el ascensor se detenía en el cuarto piso... Lo que no vio fue que la rubia, tras abandonar la cabina, continuaba a pie, hasta el sexto piso. Ni la vio llamar a la puerta señalada con el

6-B

La puerta se abrió a los pocos segundos, y apareció un hombre de unos cincuenta años, alto, delgado, de ojos oscuros de mirada penetrante. Estaba en mangas de camisa, y se había desabrochado el cuello de ésta, y aflojado la corbata.

—¿Señor Barton? —preguntó la rubia—. ¿Señor Spencer Barton?

—Sí. ¿Qué desea?

—Solamente le molestaré un par de minutos. ¿Puedo entrar?

—Tengo algo de prisa, señorita. Acabo de llegar, y tengo el tiempo justo para cambiarme y acudir a una cita. Dígame exactamente qué desea usted.

—Bien, se trata de una pequeña encuesta, y usted ha sido seleccionado para...

Mientras hablaba, la rubia se las había arreglado para abrir el portafolios, meter la mano dentro..., y sacarla empuñando la pistola con silenciador, con la que apuntó a Spencer Barton. Desde ese mismo momento, ya no consideró necesario seguir contando mentiras sobre encuestas. Simplemente, se quedó mirando fijamente a Barton, que había palidecido, y miraba la pistola.

—Retroceda, señor Barton —susurró Mae Barrett—. Retroceda, o le mato aquí mismo.

Barton alzó la mirada hacia los ojos de la rubia..., pero sólo vio la insondable oscuridad de los cristales para el sol; más abajo, la

fin a nariz; y más abajo todavía, la maquillada boca, plegada en un gesto duro, seco. Spencer Barton interpretó muy bien aquel gesto, así que retrocedió.

Mae entró, cerró la puerta empujándola con un codo, y con la pistola señaló hacia el fondo del lujoso apartamento.

—A su despacho —susurró.

Barton dio media vuelta, y comenzó a caminar. Tras él no oyó nada, pero al volver la cabeza vio a la rubia muy cerca. Un escalofrío recorrió la espalda de Barton. Llegaron al despacho, y Barton consultó con la mirada a la rubia Mae, que señaló la mesa. Barton se sentó en el sillón giratorio, y Mae quedó ante la mesa, de pie. Dejó sobre la mesa el portafolios, metió dentro la mano izquierda, tanteó, y sacó un folio, doblado en cuatro.

Lo depositó delante de Spencer Barton.

—Léalo —dijo—. Con detenimiento, señor Barton. Si cree que faltan detalles, tendré mucho gusto en discutirlos con usted. Naturalmente, todo es susceptible de ser perfeccionado.

Barton se pasó la lengua por los labios.

—Yo... creo que la conozco a usted —murmuró.

—Lea lo escrito en el papel, por favor.

—Sí, la conozco... Pero no sé, no recuerdo bien...

—Lea lo escrito, señor Barton. Sólo eso.

Spencer Barton asintió, y comenzó a leer lo escrito en el folio. Casi enseguida, lanzó una exclamación, y su mirada pareció saltar hacia la rubia, desorbitada; su rostro había quedado más blanco que el papel que sostenía en la mano.

—¿Está loca? —exclamó.

—¿Ya lo ha leído todo?

—¡Claro que no! ¡Pero si usted...!

—Termine de leer.

—Escuche, si cree...

—Termine de leer.

Barton volvió a pasarse la lengua por los labios, tras mirar la pistola que la rubia empuñaba con una firmeza increíble. Regresó a la lectura de lo escrito a máquina en el folio. Cuando terminó, no podía estar más pálido. Miró a la rubia.

—¿De dónde ha obtenido esta... información?

—¿Está de acuerdo con lo escrito, o cree que podría

perfeccionarse el contenido, señor Barton?

—¡Todo esto son una sarta de vilezas que...!

—No quiero discutir con usted. Sólo quiero que me diga si está de acuerdo con lo escrito, o bien cree que usted podría añadir algo que aún lo aclarase más. Si es así, proceda a escribir esos detalles en un papel, añadiéndolos a todo lo demás.

—No... no comprendo...

—Pues es muy fácil de comprender: tiene usted que escribir de su puño y letra todo eso, y luego firmarlo.

—¡Claro que no haré semejante cosa!

—Como quiera —dijo tranquilamente la rubia.

Extendió el brazo armado. La pistola quedó apenas a medio metro del rostro de Spencer Barton, que respingó fuertemente.

—¡No! ¡Espere, espere...! —jadeó.

—Tengo todo el tiempo que sea necesario, señor Barton. Pero se lo advierto: no para perderlo en tonterías. Escriba... o muera. ¿Qué elige?

—Pero es que todo esto... ¡No! —exclamó al ver la pistola de nuevo encarándolo—. ¡No, no! ¡Escribiré!

—Muy bien. Proceda. Espero que su letra sea legible... ¿Qué está esperando?

—Bien... Tengo... tengo que coger la pluma. La tengo en mi chaqueta...

Señaló un sillón, donde había dejado la chaqueta al llegar. La rubia miró rápidamente la chaqueta. Luego, retrocedió, la asió por el cuello, y la fue apretando contra su cuerpo, palpándola.

—Nunca llevo armas —gruñó Barton.

Mae Barrett no le hizo el menor caso. Terminó de palpar la chaqueta a su gusto, se acercó de nuevo a la mesa, y la dejó sobre ésta. Barton retiró la pluma del bolsillo interior, la destapó, y miró a la rubia.

—Tengo papel en el cajón segundo, a mi derecha —murmuró.

En silencio, la rubia rodeó la mesa, y quedó a un lado de ésta, siempre mirando a Barton, siempre apuntándolo con la pistola. Barton hizo girar el sillón, y procedió a abrir el cajón mencionado, lentamente. En efecto, había allí cuartillas de diferentes tamaños. Barton retiró dos o tres de las grandes con la mano derecha, se las pasó a la izquierda, y con la derecha cerró al cajón...

Entonces, en lugar de enfrentarse de nuevo a la mesa, salió fuertemente impulsado contra la rubia, con la cabeza por delante en dirección al vientre femenino...

Pareció talmente que la rubia Mae estuviese esperando algo parecido, porque, apenas iniciado el gesto de Barton, ella estaba ya retrocediendo, alzando la pistola. Lo que debía haber sido un tremendo impacto en el vientre de Mae, no fue nada; simplemente, Barton cayó de bruces ante ella, al no encontrar su cuerpo, y, en su fuerte impulso, llegó a dar con su cara en los pies de Mae, que le apuntó a la cabeza.

—Vamos, señor Barton, no sea...

Las manos de Spencer Barton asieron los tobillos de Mae, y dieron un fuerte tirón hacia sí. Mae Barrett hubiese podido, todavía, disparar contra la cabeza de Barton antes de perder el equilibrio hacia atrás. Pero no lo hizo. Prefirió soportar el durísimo modo de sentarse y luego de caer de espaldas; de no haber recogido la cabeza hacia el pecho, se habría estrellado contra el suelo.

Pese a la dureza de la caída, la rubia no perdió la pistola, ni el dominio de la situación. Pero Spencer Barton creyó que sí había ocurrido esto, y, poniéndose en pie rápidamente, giró hacia su mesa, abrió el primer cajón, y sacó rápidamente una pistola, que encaró hacia la rubia.

—¡Ahora vas...! —comenzó a gritar, desencajado el rostro.

Plop.

La rubia disparó sólo una vez. Pero fue suficiente. La voz de Barton se interrumpió, sus ojos giraron, su boca se estremeció..., mientras el impacto de la bala le hacía retroceder, lo sentaba en el sillón, y, finalmente, lo derribaba rodando por el suelo.

La rubia se puso en pie lentamente, y se quedó mirando el cadáver de Spencer Barton, apretados los labios. Era imposible ver sus ojos a través de los oscuros cristales, pero sólo con el gesto de la boca había suficiente para comprender que no le había gustado el desenlace de su visita.

Y, efectivamente, por fin hubo, un gesto de contrariedad en el rostro de Mae Barrett. Luego, recogió el papel que ella había entregado a Barton, y lo guardó en el portafolios.

Se quedó contemplando la trágica escena, y, poco a poco, una seca sonrisa fue apareciendo en sus excesivamente maquillados

labios.

CAPÍTULO II

Poco después de las doce de la mañana siguiente, Rufus Bryant detenía su coche delante del lujoso edificio de apartamentos sito en Pennsylvania Avenue. Dejándolo en doble fila con total indiferencia, se dirigió hacia la entrada del edificio, mientras un policía de uniforme se acercaba a él, mirándolo expectante.

—Señor, su coche...

—Me están esperando arriba —cortó Rufus.

—Entendido. Cuidaré su coche, no se preocupe.

—Gracias.

Había otro policía en el vestíbulo, y un hombre de paisano, que al ver a Rufus dejó de hablar con el conserje para mirar, interrogante, al recién llegado.

—¿Qué hay, Rufus? —le interpeló.

—Hola, Blair. ¿Knight sigue arriba?

—Sí.

Rufus asintió, se metió en el ascensor, y subió al sexto piso, al llegar al cual se dirigió directo a la puerta B, que estaba abierta. Apenas entrar en el apartamento vio a otro hombre, con el que se limitó a cambiar un silencioso saludo, moviendo la cabeza. Llegó al despacho, y se detuvo en el umbral. Había allí cuatro hombres más, tres de ellos jóvenes y uno rozando los sesenta, que en aquel momento cerraba el maletín que había colocado sobre la mesa. Por debajo de la mesa, Rufus Bryant vio los pies y parte de las piernas de un individuo.

Knight, el agente de la CIA encargado oficialmente del caso, por el momento, vio enseguida a Bryant, y le hizo una seña.

—Llegas a tiempo, Rufus. El doctor va a decirnos a qué hora murió, más o menos.

—Calculo que hace unas dieciocho o veinte horas —dijo el forense, tras dirigir una mirada a Rufus—. Podré precisar más cuando hagamos la autopsia.

—Dieciocho o veinte horas —asintió Knight—... Es decir, entre las cuatro y las seis de la tarde de ayer. ¿Correcto?

—Más o menos —asintió el forense.

—Muy bien. Gracias, doctor... Ya nos veremos. Dime, Rufus: ¿qué haces tú aquí?

El forense salió del despacho, y Bryant, sin contestar, rodeó la mesa del despacho, y se quedó mirando el cadáver, tendido en el suelo. Alrededor de él todo parecía estar en orden, salvo el sillón giratorio, un poco desplazado. El hombre había muerto de un balazo justo en el centro del pecho, y en su mano derecha se veía una pistola.

—Se llamaba Spencer Barton —dijo Knight—... El pobre hombre se ha suicidado.

Bryant miró a Knight, y no contestó. Los otros dos hombres se dedicaron a tomar más fotografías del cadáver, y del despacho. Sólo unos minutos más tarde, Rufus Bryant se movió, acercándose al cadáver, contemplado por Knight, que refunfuñó:

—Me cripa los nervios tu parsimonia. ¿Vas a encargarte de esto?

En silencio, Rufus se acucilló junto al cadáver de Spencer Barton, y estuvo un minuto largo mirando la herida del pecho, el arma que el muerto empuñaba, su mano, la camisa... Por fin, miró a Knight, y murmuró:

—Supongo que lo de suicidio lo has dicho... en broma.

—¿No te parece un suicidio? —sonrió secamente Knight.

—No. Ni a ti tampoco.

Knight asintió con un gesto, y ofreció un cigarrillo a Rufus, que negó con la cabeza. Knight expelió el humo, y se quedó mirando el cadáver como si fuese un vulgar objeto.

—Le dispararon desde un par de metros, como mínimo —dijo por fin—. No necesitamos a los grandes expertos para saber eso. Nosotros también pensamos, ¿verdad, Rufus?

—¿Qué sabemos del asunto? —preguntó Bryant, asintiendo al mismo tiempo.

—Parece ser que anoche el señor Barton tenía una cita, para

cenar con unos amigos. No se presentó a la cita, así que lo llamaron aquí. El teléfono no contestaba, de modo que pensaron que Barton acababa de salir de su apartamento. Pero no acudió a la cena. Volvieron a llamar al terminar ésta, y el teléfono seguía sin contestar. Pensaron que Barton había tenido algo inesperado que atender, y no dieron más importancia al asunto. Pero esta mañana, al no presentarse Barton a su trabajo en la Casa Blanca, ha causado inquietud. Han llamado aquí, el teléfono seguía sin contestar, y entonces nos han enviado a nosotros... Supongo que a ti te ha avisado tu jefe de sección.

—Así es. Le llamé hace poco, para pasarle un informe sobre un asunto, y me dijo que viniera aquí. ¿Qué sabéis de esto?

—Nada..., salvo un pequeño detalle.

—¿Qué detalle?

—Una rubia.

—¿Una qué?

—Una chica rubia, alta, aceptablemente bien vestida, aparentemente bonita...

—¿Aparentemente?

—Llevaba moño, unos grandes lentes de sol de cristales muy oscuros, y la boca muy pintada. El conserje dice que le pareció joven, y que debía ser muy bonita, pero aquellos lentes de sol, tan grandes... Pudo ser ella, desde luego.

—¿Por qué?

—Porque mintió al conserje. Llegó, miró los nombres en los buzones para la correspondencia, y luego preguntó si el señor Vickers había llegado. El señor Vickers vive en el apartamento 4-A

, dos pisos más abajo. Ha sido localizado, y niega rotundamente que ninguna compañera de trabajo llegase anoche a solucionar con él un asunto urgente.

—¿Eso fue lo que le dijo la rubia al conserje?

—Si.

—Pero no fue a visitar al señor Vickers, del

4-A

, sino que subió aquí, engañó al señor Barton para entrar en este apartamento, lo mató, y preparó las cosas de modo que pareciera un suicidio.

—Eso parece —asintió Knight, mirando fijamente a Bryant.

—Bueno... Esa rubia es tonta, ¿eh?

—¿Por qué dices eso? —se sorprendió Knight.

—Porque sólo siendo tonta ha podido pensar que no sabríamos la verdad de su maniobra.

—Ah, ya. Lo que tú quieres decir es que ella sabía perfectamente que nos enteraríamos de su jugada, y que le importa un pepino. De acuerdo. Pero entonces..., ¿por qué pretender engañarnos, simulando un suicidio?

—No pretende engañarnos —masculló Rufus—. Sólo está haciendo su juego. Y supongo que no vas a preguntarme qué juego es ése. Sólo ella lo sabe... Supongo que estás informado de que Barton, como Michael Dennison, trabajaba en la Junta Consultiva de Asuntos Sociales del presidente.

—Sí. Vienes muy bien informado. ¿Crees que existe alguna relación entre ambas muertes?

—No sé... todavía. Lo cierto es que si las dos muertes han sido asesinatos, y no suicidios, el de Michael Dennison estuvo mucho mejor preparado que éste. Por ahora, nadie puede argumentar nada contra la teoría aceptada de que Dennison se pegó un tiro. Pero solamente un cretino diría que Barton se ha suicidado. Si lo ha hecho las mismas personas, no tiene sentido, porque con Dennison demostraron... o habrían demostrado saber preparar mejor los escenarios. Si lo han hecho personas diferentes, el caso es todo tuyo.

—Muy amable —sonrió Knight.

—De todos modos, espero que me facilitarás información sobre la investigación técnica: huellas, fotografías, cualquier dato... ¿Qué más, sobre la rubia?

—Nada más. Y como sé que vas a preguntarlo, debo decirte ya que sí, que era norteamericana, no extranjera.

—Gran perspicacia la tuya..., pero no podemos fiarnos demasiado de la del conserje, ¿verdad? No creo que ese buen hombre haya sido entrenado para esa clase de identificaciones: podría pasarse la vida viviendo con una agente soviética que hablase inglés, y jurar luego que la muchacha era más norteamericana que su madre. ¿De acuerdo?

—No había caído en eso —admitió Knight—... Pero quizá te estás complicando la vida, ¿no? ¿Vas a meter en esto al espionaje

ruso, por ejemplo?

Rufus Bryant estuvo unos segundos reflexionando, antes de mover negativamente la cabeza.

—Por el momento —murmuró—, podemos pensar que se trata de un asunto local.

—Pero relacionas los dos casos, eso sí.

—Bueno, si los dos trabajaban en la Junta Consultiva de...

Rufus dejó de hablar, y, como Knight, se quedó mirando al hombre que entraba en aquel momento. Los dos lo conocían. Era un sujeto menudo, de ojos vivos, de unos cincuenta años, manos blancas y finas. Pasó junto a ellos guiñando un ojo, y fue a detenerse ante la caja fuerte de Spencer Barton, empotrada en la pared y habitualmente oculta tras un cuadro, que ahora se veía apartado.

Estuvo unos segundos mirando la caja, se frotó las manos, y volvió la cabeza para mirar a Knight.

—¿Puedo empezar ya?

—Seguro, Owens. Ya tenemos las huellas... de moscas. Maldita sea, hombre: ¿no ves que aún no han llegado los muchachos?

—Bueno, esperaré. Es una caja interesante.

—¿Podrás con ella?

—Hombre, ¿qué te parece? Aunque sería más fácil abrirla con la llave y utilizando la combinación.

—Desconocemos la combinación, tío listo. Y no hemos encontrado la llave.

—La rubia —dijo Rufus.

—¿Qué?

—La rubia. Ella sí encontró la llave. Y apuesto a que supo abrir esa caja, y se llevó lo que fuese que le interesaba.

—Puede ser —admitió Knight—. Pero ¿por qué demonios había de llevarse la llave? ¿Para complicarnos la vida?

—Exactamente —asintió Bryant.

Knight y el llamado Owens se quedaron mirándolo. Por fin, Knight soltó un gruñido. Bryant sonrió, saludó tocándose la frente con dos dedos, y salió del despacho.

Segundos más tarde, estaba conversando con el conserje, en el vestíbulo. ¿La rubia? Bueno, una chica joven, con moño, grandes lentes de sol, boca muy pintada, bien vestida. Sí, parecía bonita. Por

supuesto que era norteamericana. ¿Qué más? Demonios, pues nada más, salvo que lo había engañado como a un chino. ¿La vio salir? Naturalmente que la había visto salir. Ella le había saludado simpáticamente, y...

—¿Simpáticamente? —le interrumpió Bryant—. ¿Qué quiere usted decir con *simpáticamente*?

—Bueno —se turbó el conserje—... Pasó cerca de mí, me miró, hizo el gesto del *okay*, y luego agitó graciosamente la mano.

—Graciosamente. ¿Qué quiere decir *graciosamente*?

—Hombre, pues... Demonios, pues con gracia. Me pareció una chica simpática, eso es todo.

—Está bien. ¿La esperaba alguien afuera? ¿Un coche, un taxi, algún hombre...?

—No lo sé. La vi salir, seguí sentado aquí, y eso es todo.

—¿Cómo vestía exactamente?

—Pues... ¡Caray, demonios...! Creo que llevaba falda, y una chaqueta muy ligera y suelta, de color azul.

—¿De qué color era la falda?

—La falda... Mmm... La falda...

—Déjelo —se resignó Rufus—. ¿Algún otro detalle? ¿Vio si llevaba algo, quizá una maleta, libros, un portafolios, un...?

—¡Llevaba un portafolios!

—¿Cómo era el portafolios?

—¿Cómo era él...? Un portafolios. Normal.

—Normal —asintió Bryant, siempre resignado—. Bien, gracias por su ayuda. Adiós. Adiós, Blair.

—Adiós, tío listo.

Tras esbozar una sonrisa, Rufus Bryant abandonó el edificio, dio las gracias con un gesto al policía del exterior, se metió en su coche, dio el encendido..., y se quedó allí, pensativo. Primero, el «suicidio» de Michael Dennison; ahora, el asesinato evidente de Spencer Barton. Ambos de la Junta Consultiva de Asuntos Sociales del presidente de Estados Unidos. La pregunta era: ¿podía un investigador nato como él desdeñar la teoría de que ambas muertes estaban relacionadas? La respuesta era: no. Pero, precisamente, era tan evidente, que eso mismo le hacía vacilar. ¿Qué clase de juego estaba haciendo la rubia... y quiénes la dirigían?

«Tengo el presentimiento —pensó Rufus Bryant— de que tú y yo

nos encontraremos, rubia. No sé cuándo ni cómo, j pero nos encontraremos..., a menos que todo esto no tenga pies ni cabeza, o, simplemente, no haya conexión entre las dos muertes. Y si la hay..., ¿habrá, quizá, una tercera...?».

* * *

James Galloway abandonó su trabajo en la Casa Blanca, antes de lo habitual. No se sentía muy bien, seguramente debido a la noticia de lo ocurrido a Spencer Barton. Al enterarse, todos los miembros de la junta habían pensado, en el primer momento, abandonar su trabajo inmediatamente para interesarse por el asunto; pero, tras serenarse, decidieron que no convenía armar revuelo. Evidentemente, la CIA estaría investigando, y su intervención en grupo complicaría las cosas, que convenía tomarse con calma y de modo... reglamentario.

Pero, realmente, Galloway no se encontraba muy bien. Sentía una presión en el pecho... ¡Aquel maldito corazón! Lo estaba sometiendo a una presión excesiva. Siempre había sido así, siempre había trabajado demasiado... ¿Y para qué? Todo lo que tenía eran unos miles de dólares en el banco y una casita. Bueno, era una casa agradable y hermosa, eso sí. Había luchado mucho, no sólo por sus ambiciones personales, sino por su mujer y sus tres hijos. Había luchado mucho..., y todo lo que tenía era eso: unos miles de dólares y la casa.

La oportunidad se le había presentado, finalmente. Había llegado a su momento, y aunque el maldito corazón protestase, él seguiría adelante. Un poco más de esfuerzo, y todo habría terminado, la vida sería más cómoda, más opulenta...

Y justo entonces, se sentía mal. De modo que se iba a tomar un largo fin de semana. No quería saber nada de lo que ocurría en la capital; nada de sobresaltos. Hacía un par de semanas que había enviado a su esposa y a los tres hijos a la costa, cerca de Atlantic City. Habían alquilado un apartamento, y allá estaban, tomando el sol tan ricamente. Bueno, pues él se iba a ir allá a pasar aquellos días, hasta el lunes siguiente. Todo lo que tenía que hacer era pasar por su casa, meter algunas cosas en una maleta, y partir. Así de fácil.

Al volante de su coche iba un agente del servicio secreto de protección. Inevitable. Un hombre alto, recio, de facciones enérgicas y mirada viva, desconfiada. Bueno, lo llevaría hasta Atlantic City, y asunto terminado...

—A la derecha —indicó Galloway.

—Sí, señor.

El agente de protección giró, y acto seguido Galloway le señaló la casa.

—Ni siquiera hace falta que entremos al garaje —dijo Galloway —... Tardaré sólo unos minutos.

El agente le miró por el retrovisor, y dijo, con voz calmada, bien modulada:

—Si no le importa, señor, prefiero entrar en el garaje.

—Como quiera. Tiene el pulsador automático en la guantera.

El coche llegó ante la casa, ascendió la suave pendiente, y se detuvo ante la puerta del garaje, situado a la derecha de la vivienda, y comunicado directamente con ésta por una puerta lateral interior. El agente de protección sacó el pulsador, oprimió el botón, y la puerta del garaje se alzó. El coche entró, la puerta se cerró. La luz permaneció encendida, tras encenderse automáticamente.

—Cinco minutos, nada más —dijo Galloway.

—Le acompañaré, por si...

—Oiga, es sólo una maleta, y estamos en mi casa. Tómesele con calma, ¿quiere? —Gruñó Galloway.

—Como usted prefiera.

James Galloway salió del coche, y fue hacia la puerta, mirando el relativo desorden del garaje. Bueno, a la vuelta lo pondrían todo en orden, entre los dos muchachos y él. ¡Al diablo el garaje!

Entró en la casa, subió a su dormitorio, y sacó una maleta del armario, en la que comenzó a colocar ropa. Quizá aquella misma tarde tuviese tiempo de comprar ropa más adecuada. A fin de cuentas, pronto tomaría sus vacaciones anuales, de modo que ya tendría la ropa; trabajo adelantado, simplemente.

Bien, ya está. Suficiente.

Cerró la maleta, cargó con ella, y salió del dormitorio. La casa le parecía extraña, tan cerrada, tan silenciosa. Bajó al vestíbulo, lo cruzó hacia el fondo de la casa, entró en la cocina, y por la puerta

que la comunicaba con el garaje salió a éste. El agente de protección estaba sentado ante el volante. Ni siquiera volvió la cabeza. James Galloway fue hacia el coche, abrió la portezuela, y dijo:

—Ya podemos march...

La maleta, que iba a colocar en el asiento de atrás, escapó de su mano. Inclinado como estaba, se quedó mirando a la muchacha rubia, provista de grandes lentes de muy oscuros cristales, que, sentada ante él, le apuntaba con una pistola.

—No se moleste en entrar al coche, señor Galloway —dijo la rubia, con voz nítida, muy agradable—... Vamos a ir a su despacho.

James Galloway miró al agente de protección, que permanecía inmóvil, como si tal cosa. Luego, desorbitados los ojos, miró de nuevo a la rubia, que movió negativamente la cabeza.

—Sólo tiene un golpe en la cabeza —informó la rubia—. Ahora lo ataremos y lo amordazaremos bien, para que no nos moleste, mientras usted redacta un documento. ¿De acuerdo?

—Sí... Sí, sí.

—Retroceda. Y busque unas cuerdas.

—Sí, sí... ¡No dispare!

—Tranquilícese.

Galloway retrocedió, y la rubia salió del coche, sin dejar de apuntarle en ningún momento.

—¿Cómo... cómo ha entrado usted aquí sin que...?

—Ya estaba dentro cuando ustedes llegaron —le interrumpió ella—. Son detalles de los que no vale la pena hablar, señor Galloway.

—¿Me conoce usted...?

—Evidentemente. ¿No le indica nada mi orden de que deberá redactar usted un documento?

—No... no sé. ¿Qué documento?

—Señor Galloway, a cada segundo que pasa, debo hacer con más rapidez mi trabajo, pues sé que no estoy tratando con tontos, y llegarán pronto pisándome los talones, o aquí o en la próxima... visita. De modo que voy a rogarle que no me haga perder el tiempo. Busque unas cuantas cuerdas ahora mismo.

Encontraron unas cuerdas grasientas, y Galloway, bajo la indicación de la rubia Mae Barrett, procedió a atar de pies y manos

al agente de protección, tras sacarlo del coche. Luego, siempre bajo indicaciones de Mae Barrett, Galloway amordazó al agente con su propia corbata.

Por fin, la rubia señaló hacia la puerta que comunicaba con la cocina.

—Vamos a su despacho. Y tenga cuidado, señor Galloway: mi puntería es muy fina, se lo aseguro.

—Pero ¿qué... qué quiere usted? ¿Qué documento?

La rubia recogió un portafolios que había estado oculto tras una pila de neumáticos en medio uso, y fue a colocarse a un lado de la puerta, mientras Galloway miraba los neumáticos. ¡Si hubiesen limpiado antes el garaje...! Porque ahora sabía que cuando él entró con el coche, la rubia se había escondido tras la pila de neumáticos que, realmente, nunca habría utilizado ya...

—No me impaciente, señor Galloway.

—No... No, no.

Salieron del garaje. Poco después, entraban en el despacho.

—No abra las persianas —ordenó la rubia—; encienda la luz de la mesa. Solamente ésa. Y siéntese.

James Galloway se sentó, y encendió la luz de la lámpara de mesa. Apareció un amplio círculo de luz. Sobre la mesa apareció una mano de la rubia, sosteniendo el portafolios. Lo abrió con aquella misma mano, la izquierda, y sacó un folio plegado en cuatro, que deslizó por la mesa hacia Galloway.

—Éste es el documento que deberá redactar usted, de su puño y letra, y firmarlo. Lea con detenimiento.

Las manos de Galloway tomaron el papel, lo desplegaron; la luz se reflejó en la blanca superficie, iluminando más el rostro del hombre, que comenzó a leer... Respingó fuertemente, su boca se crispó, sus ojos se desorbitaron; hubo en sus manos una fuerte convulsión, y el papel salió despedido de ellas. Inmediatamente, la cabeza de James Galloway cayó con seco sonido sobre la mesa.

Y se quedó así, como adormilado; sólo que tenía los ojos muy muy abiertos.

Durante unos segundos, la rubia no se movió. Luego, rodeó la mesa, hasta llegar junto a Galloway. Le puso dos dedos de la mano izquierda en un lado del cuello... De la boca de Mae brotó un chasquido de disgusto, al comprobar que estaba tocando un

cadáver.

El papel, de nuevo doblado en cuatro, fue introducido en el portafolios, y éste cerrado. La rubia miró alrededor. Luego, movió un par de cuadros del despacho, pero la caja fuerte no aparecía. Y tenía que haber una, era normal y lógico...

La encontró casi cuatro minutos más tarde, disimulada tras un bloque de libros falsos, en la librería. La dejó al descubierto, y regresó junto a Galloway. Las dos manos de Mae palparon la ropa del cadáver, en busca de las llaves, con las que todo sería mucho más simple, más sencillo, y, sobre todo, más rápido.

Justo en el momento en que, bajo la ropa, notaba el duro contorno de unas llaves, se oyó el leve chirrido.

Muy leve.

Pero Mae Barrett alzó vivamente la cabeza, y luego, la ladeó. Un instante más tarde, oía el chasquido de una portezuela de coche, al ser cerrada. Inmediatamente, Mae se olvidó de James Galloway. Ya no tenía tiempo de nada. Recogió el portafolios, apagó la luz, y salió del despacho. Cruzó a toda prisa el vestíbulo..., en el momento en que sonaba el timbre de la puerta.

CAPÍTULO III

Rufus Bryant retiró el dedo del timbre, esperó unos segundos, y volvió a llamar. Luego, retrocedió unos cuantos pasos, y alzó la mirada hacia la fachada de la casa, por encima del pequeño porche. Todo estaba cerrado.

Miró hacia el garaje, y, tras vacilar, se dirigió hacia allí. Sin ningún convencimiento, probó si la puerta estaba abierta. Estaba cerrada. Un examen brevísimo a la puerta le informó de que era lógico que estuviese cerrada, aunque el coche de James Galloway estuviese dentro: tanto al entrar un coche, como al salir, la puerta se cerraba tras él, merced al funcionamiento de las células fotoeléctricas colocadas a los lados...

Volvió ante la puerta de la casa, y de nuevo pulsó el timbre.

Nada.

De nuevo vaciló, pero esta vez mirando fijamente la cerradura de la puerta. Miró luego a derecha e izquierda. Bueno, qué demonios, él no tenía por qué temer las consecuencias de sus iniciativas... Así que sacó su cortaplumas especial, separó la ganzúa, y comenzó a hurgar en la cerradura.

No tardó ni siquiera medio minuto en oír girar los mecanismos. Hizo girar el pomo, empujó y la puerta se abrió. Entró rápidamente, cerró, y quedó inmóvil en la penumbra. Todo estaba cerrado. Sólo unas delgadas rayas de luz solar se filtraban por los resquicios de las persianas.

La casa tenía todo el sosegado silencio de la soledad. Pero Rufus Bryant preguntó, alzando bastante la voz:

—¿Señor Galloway?

Silencio.

El agente de la CIA encendió la luz del vestíbulo. A su izquierda

había una puerta, que fue a abrir. Encendió la luz de allí: era el saloncito. Nadie. Cruzó el vestíbulo hacia la puerta de enfrente a la del saloncito. Aquello debía ser un despacho. Rufus empujó la puerta, encontró el interruptor, y encendió la luz...

Bien... Allá estaba James Galloway.

El primer pensamiento de Rufus Bryant, irreprimible, fue de admiración hacia la muchacha rubia, porque no tenía la menor duda de que aquello era obra de ella. Sí, la rubia era muy decidida, veloz en sus actuaciones; tenía una audacia increíble... Y, por supuesto, estaba ejerciendo una vigilancia férrea en torno a ciertas personas; los de la Junta Consultiva de Asuntos Sociales del presidente de Estados Unidos. Sólo así cabía explicarse aquella rapidez de acción.

Rufus Bryant, en sus hipótesis, había decidido relacionar las dos muertes anteriores, y por tanto, seguir la cadena que representan los demás miembros de la Junta Consultiva. Así pues, había llamado a su jefe, para solicitar por medio de la radio de bolsillo una información inicial sobre las personas que componían esa Junta Consultiva, y dónde estaban en aquellos momentos, si es que tal cosa podía saberse... Su jefe había tardado apenas cinco minutos en llamarlo a él, de nuevo utilizando ambos la radio, para informarle que los componentes de la junta estaban todos en la Casa Blanca, excepto uno, James Galloway, que se había sentido indispuesto y se había marchado, al parecer decidido a adelantar su fin de semana para descansar.

Bryant había tomado nota rápidamente de los nombres y direcciones de los miembros de la Junta Consultiva, y enseguida, había partido hacia el domicilio de Galloway... Sólo que la rubia había llegado antes que él. Posiblemente, había estado vigilando cerca de la Casa Blanca, había visto salir a Galloway, y lo había seguido. Pero..., ¿y el agente de protección que el jefe de Rufus había mencionado? ¿Dónde estaba? ¿También lo había matado la rubia?

Todo esto pasó por la mente de Rufus en un instante, mientras caminaba hacia el cadáver. ¿O no estaba muerto? Bueno, era absurdo pensar que Galloway se hubiese dormido, de modo que...

Muerto y bien muerto.

Rufus retiró la mano del cuello todavía tibio de Galloway, y se

quedó mirando el cadáver. Con cuidado, lo movió un poco hacia atrás, buscando en el pecho el impacto de la bala o balas que habían terminado con su vida. Pero no había herida alguna. Contempló entonces con más atención el rostro del cadáver, su expresión terrible, crispada, aterrada.

El zumbido del motor de un coche llegó a oídos del agente especial de la CIA. Se irguió, su boca se plegó en un súbito gesto duro, y, enseguida, emitió una exclamación.

Bryant corrió hacia la puerta del despacho, sacando su pistola; cruzó el vestíbulo a toda carrera, casi resbalando, llegó a la puerta de la casa, la abrió, y salió...

Justo en aquel momento, el coche que, sin la menor duda, había salido del garaje de Galloway, llegaba al final de la suave pendiente, y giraba para alejarse hacia la izquierda. La visión fue solo un destello a los ojos de Rufus, antes de que el coche terminase de girar: unos grandes lentes de sol, una cabellera rubia, ropa de color azul...

El coche le daba ya la espalda, y el motor rugía con toda su potencia. El vehículo salió disparado, mientras Rufus corría por el césped hacia la acera. Se detuvo en ésta, extendió el brazo, apuntó un instante, y disparó.

¡Crack!, crujió fuertemente su automática.

Más allá, se oyó otro estampido, menos sonoro, como amortiguado, cuando la bala acertó el neumático trasero derecho del coche que escapaba, y que comenzó a ir de un lado a otro, rechinando los neumáticos, arrancando chispas del suelo. Rufus no se hizo demasiadas ilusiones. Sabía que aquel coche podía circular, aunque no fuese a demasiada velocidad, incluso con un neumático reventado. Así que, desistiendo de disparar de nuevo, pues la distancia era ya excesiva, corrió hacia donde había dejado su coche, sin dejar de mirar el que escapaba. Lanzó una exclamación cuando vio que el vehículo fugitivo se desviaba hacia la derecha, subía a la acera, y se dirigía directo hacia uno de los árboles...

Un instante más tarde, el coche se estrellaba contra el grueso árbol, y en la calle sonó el crujir de cristales, de chapa metálica, el rechinar de neumáticos último. Rufus Bryant desistió de utilizar su coche, y echó a correr hacia donde se había estrellado el otro, mirando fijamente la portezuela del lado del conductor. El impacto

había sido fuerte, pero no parecía demasiado peligroso, de modo que la rubia podía salir, dispuesta a dispararle. No le gustó la idea de disparar contra ella, pero si...

Rufus Bryant lanzó una fea maldición, cuando vio a la rubia.

No salía por la puerta lógica, sino que había salido ya por la de la derecha, y corría encogida, alejándose del coche, interponiéndolo entre ella y Rufus Bryant.

—¡La madre que...! —aulló Rufus.

En el momento en que se detenía para disparar de nuevo, con intención inicial de acertarle en una pierna, la rubia desviaba su marcha, metiéndose en el jardín de una de las casas de la avenida. Saltó un bonito seto con la agilidad de una gata, pasó por un lado de la casa, y desapareció al otro lado, tan velozmente, tan hábilmente que el asombro estuvo de dejar paralizado a Rufus Bryant.

Pero no lo paralizó. Continuó corriendo, siguiendo la misma ruta que la rubia. Saltó el mismo seto, pasó junto a la casa, llegó a la parte de atrás... En el mismo momento en que veía a la rubia, vuelta hacia él, algo crujió secamente por encima de la cabeza de Rufus Bryant, perforando el aire con siniestro silbido.

La reacción de Rufus fue no sólo lógica, sino automática, instintiva: se dejó caer de bruces, en previsión a que la rubia volviese a disparar contra él. Y así fue. Otra bala crujió en el aire, también demasiado alta, por fortuna. Rufus giró en el suelo, rodó alejándose de aquella posición, y se puso en pie de un salto al llegar junto a un árbol, que interpuso entre él y la posición de la rubia.

Cuando asomó cautelosamente la cabeza por un lado del árbol, de nuevo pudo ver el brillo del sol en unos cabellos rubios, la amplia chaqueta azul flotando en el aire. La rubia desapareció, pasando junto a una casa cuya fachada daba a la avenida del otro lado de la amplia manzana residencial.

Rufus echó a correr de nuevo. Y corriendo estaba cuando oyó el rugir de un motor. Llegó a la parte posterior de la casa, miró hacia la avenida, y vio el «Dodge» oscuro comenzando a moverse. El coche casi mostró completamente la parte trasera al orientarse hacia el centro de la calzada, y la mirada de Bryant fue como un rayo hacia la matrícula. Sus desorbitados ojos funcionaron como un objetivo fotográfico...

Y eso fue todo lo que pudo hacer, porque el «Dodge» salió zumbando, convertido en auténtico bólido, sin que Rufus hubiese podido fijar de nuevo la puntería.

—¡... te parió! —terminó su furiosa frase el agente de la CIA.

Se quedó allí, como un pasmarote, resistiéndose a admitir la verdad. La fantástica, pasmosa, irritante y casi humillante verdad: la rubia le había engañado... Le había visto llegar, desde dentro de la casa, y había esperado que él entrase. Entonces, ella había salido, utilizando el coche de Galloway, temiendo que si salía a pie, él la alcanzase, pues era más fuerte, más veloz corriendo. Si conseguía escapar con el coche de Galloway, bien; ya volvería en otro momento por su «Dodge», en el que nadie se fijaría. Pero, al acertar él uno de los neumáticos del coche de Galloway, la ventaja de la rubia se convirtió en súbita desventaja.

Ella podía haber seguido con el coche, aunque éste tuviese una rueda reventada, pero sabía que él la alcanzaría enseguida con el suyo, en perfectas condiciones. Así pues, dirigió deliberadamente el coche de Galloway contra el árbol, segura de que así atraería a su perseguido..., alejándolo de su propio coche. Y cuando le pareció conveniente, salió del de Galloway, corrió hacia la avenida del otro lado, sabiendo que él ya sólo podía seguirla a pie, se metió en su coche, tras frenarlo a él con un par de disparos, y... ¡adiós, muchacho!

—No puede ser —musitó Rufus, todavía como clavado al suelo —... ¡No puede ser tan lista! Y además, para hacer eso hace falta tener más cojones que un elefante...

Cuando emprendió el regreso hacia la avenida en la que daba fachada la casa de James Galloway, algunas personas habían aparecido en varios jardines, se oían voces... Aún no había llegado Rufus a la casa de Galloway, cuando ya oía, en la distancia, la sirena de un coche policial. Farfullando, Rufus Bryant sacó su radio de bolsillo, y apretó el resorte de llamada.

—¿Señor? —Gruñó.

* * *

Knight escuchaba con cara de pasmo, mientras que las facciones de míster Cameron no podían mostrar mayor inexpresividad;

parecía que su rostro fuese de piedra.

Cuando Rufus terminó su relato, Knight movió la cabeza, todavía pasmado, y dijo, con gran elocuencia:

—Demonios... ¡Menuda pájara!

Luego, los dos se quedaron mirando a su jefe, con cierta expectación, como incrédulos. Pero su jefe se limitó a mover la cabeza, por fin, y a señalar al agente de protección, que, vendada la cabeza, permanecía sentado sobre un par de neumáticos, sombría la expresión, baja la mirada.

Se acercaron a él.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó Cameron.

El hombre alzó la cabeza, y soltó un refunfuño. El jefe de Rufus sonrió levemente.

—Tómeselo con filosofía, muchacho —aconsejó.

—No comprendo cómo no la vi... ¡O al menos, debí oírla! Pero, no. Me quedé esperando en el coche, pues el señor Galloway había dicho que no quería que le acompañase, que serían sólo cinco minutos. Y de pronto, la noté a mi lado. Sólo tuve tiempo de ver, al comenzar a volver la cabeza, algo rubio, algo azul... Luego, sentí el golpe, y eso fue todo. Lo siento.

—Es una gata... —masculló Rufus—. ¡Es una gata increíble!

—Vamos a ver qué dice el forense —dijo el jefe.

Cuando llegaron al despacho, un par de camilleros esperaban pacientemente, junto a la camilla colocada en el suelo. Dentro del despacho, un par de hombres estaban terminando de tomar fotografías del cadáver, y de todo. Rufus Bryant señaló en silencio el bloque de libros, y la caja al descubierto, y su jefe asintió, también en silencio.

Knight captó los gestos de ambos, y se quedó mirando la caja.

—Seguramente, ya habrá conseguido lo que vino a buscar —murmuró.

—No creo —gruñó Rufus.

—¿Por qué no?

—Bueno, es una corazonada, mezclada con la mínima lógica. Me parece que no le di tiempo. Si ya hubiese conseguido lo que quería, habría cerrado ese bloque de libros..., y la caja, por supuesto. Me parece que llegué cuando estaba buscando el modo de abrirla.

—Pero... ¿qué demonios busca? Si es una ladrona, no entiendo

por qué se dedica a gente como Dennison, Barton, Galloway... Los hay más ricos, y asaltarlos a ellos le complicaría menos la vida, pues no tendría tras sus nalgas nada menos que a la CIA. Y si busca documentos, es tonta. ¿Acaso espera que estos hombres tengan en casa documentos importantes?

—La encontraré —masculló Rufus.

—¿Porque tienes la matrícula de un coche? ¡Bah! Sólo tiene que esconderlo, o tirarlo al río..., ¡qué sé yo! Además, puede ser robado, alquilado, o cualquier cosa parecida. Y si es tan lista como tú dices, te apuesto un huevo a que no encontraríamos en ese coche ni una maldita huella...

—Hemos terminado —dijo uno de los fotógrafos.

—Ve a decirle al forense que venga a echar un vistazo al cadáver —pidió Rufus.

Los dos hombres se alejaron. Pronto llegarían los del equipo técnico completo, pero mientras tanto, puesto que Bryant no había encontrado herida de bala en el cuerpo de James Galloway, todos estaban deseando saber cómo lo había matado la rubia. ¿Qué nuevo procedimiento había empleado la gatita esta vez?

—Un colapso —dijo, poco después, el forense.

—¿Un qué? —Pareció graznar Knight.

—Un colapso.

—¿Quiere decir que no ha sido... asesinado? —preguntó Rufus.

—Bueno... Eso se presta a una larga conversación, me parece. Pero vamos a resumirlo: la víctima ha fallecido de un colapso cardíaco, de modo que, materialmente, no se puede acusar a nadie de su muerte. Ahora bien, cabe la posibilidad de que el colapso se haya producido bajo... determinadas presiones o impresiones por parte de alguien, en cuyo caso digamos que moralmente se podría acusar a esa persona de la muerte de la víctima. En cuanto a esto, habría que diferenciar si esas presiones o impresiones fueron provocadas deliberadamente o involuntariamente. ¿Me he explicado?

—Sí —asintió Rufus.

—¿Y no podría ser otra la causa de la muerte? —sugirió Knight—. Qué sé yo..., veneno, o algo así...

—La autopsia lo dirá —encogió los hombros el forense—. Pero, por lo que he oído, no creo que nadie viniese aquí a complicarse la

vida administrándole veneno. Por otro lado, apostaría cualquier cosa a que, si buscan en el dormitorio de este hombre, o en el cuarto de baño, encontrarán algún medicamento para dolencias cardíacas.

Se quedaron mirándolo unos segundos. Luego, el jefe de Rufus y de Knight, miró a éste, y le hizo una seña. Knight asintió, y salió inmediatamente del despacho. El forense se despidió. Rufus fue a sentarse en un sillón, sacó su pequeña libreta de tapas de piel, y leyó los nombres que casi dos horas antes le había facilitado su jefe, por medio de la radio de bolsillo. Frunció el ceño, retiró el diminuto bolígrafo de su funda en el lomo de la libretita, y procedió a hacer unas anotaciones.

Su jefe se acercó.

—¿Qué hace, Rufus?

—Se me ha ocurrido —lo miró Rufus— que todo tiene un límite, señor..., incluso para nuestra audaz rubia.

—¿A qué se refiere?

—Bueno... Veamos, mi teoría inicial era que ella debía estar esperando cerca de la Casa Blanca, que vio salir a James Galloway, comprendió que él venía hacia su casa, y se adelantó. Con la misma facilidad que yo, ella pudo entrar en la casa, y pasar al garaje, al que poco después llegó Galloway. ¿Me sigue, señor?

—Desde luego.

Rufus asintió, y volvió a fruncir el ceño.

—Es muy posible que yo estuviese equivocado —murmuró—. Creo que la rubia no vigilaba la Casa Blanca. Simplemente, ella vino directamente a la casa, aquí, ignorando que Galloway llegaría antes de la hora en que solía hacerlo. Pudo hacerlo por dos motivos. Uno de ellos, haber abierto ya la caja fuerte por sus propios medios. El otro, por simple comodidad. Pero la temprana llegada de Galloway le impidió abrir..., o intentar abrir la caja fuerte. Quiso hacer esto después de la muerte de Galloway..., y entonces llegué yo.

—Entendido. Pero ¿por qué cree que la rubia vino aquí directamente, sin seguir a Galloway y luego adelantarlo?

—Es una vieja teoría policíaca sobre... asesinos metódicos, señor: el sistema alfabético. De la lista que usted me dio, es decir, los señores Talbott, Rooney, Galloway, Barton y Orwell, los primeros por orden alfabético son precisamente Barton, que ya está

muerto, y Galloway, de cuerpo presente. Lo que podría significar que el próximo quizá sea Ira Orwell..., siempre siguiendo el orden alfabético, claro.

—No porque sea una teoría vieja, ha de ser mala —sonrió el jefe—. Sin embargo, algo no encaja en ella, Rufus, ya que si fuese acertada en esta ocasión, habría que incluir en esa lista a Michael Dennison, que también formaba parte de la Junta Consultiva. Y entonces, teniendo en cuenta todos los apellidos de los hombres que componen la Junta, el primero en morir, ateniéndonos al orden alfabético, debería haber sido Barton, no Dennison.

—Sí, es cierto —admitió Rufus—. Pero pienso que la muerte de Michael Dennison pudo ser simplemente... ocasional, y que a raíz de ella fue cuando alguien decidió ir eliminando a los demás miembros de la Junta Consultiva.

—En cuyo caso, el próximo en ser atacado, sería Ira Orwell. Y luego, siempre por orden alfabético, Joel Rooney y Elmer Talbott.

—¿No le parece posible, señor? —Gruñó Rufus.

Su jefe sonrió de nuevo.

—Me parece una pista bastante sofisticada, muy de... laboratorio, Rufus. Pero, salvo la matrícula del «Dodge» de color oscuro, no tenemos otra cosa, ¿verdad?

—Verdad, señor.

—Por lo tanto, no perderíamos nada si fuésemos al domicilio de Ira Orwell, considerando que éste debe haber abandonado ya la Casa Blanca. Está bien: iremos a...

—Me gustaría ir solo, de momento, señor.

—¿Por qué?

—Si la rubia está por allí, y ve llegar a varios de los nuestros, desistirá de sus propósitos. Simplemente, se alejará. Todo lo que tendría que hacer luego, sería alterar el orden de sus ataques..., y entonces sería mucho más difícil controlarla. En cambio, si llego yo solo y discretamente donde vive Ira Orwell, quizá pueda... sorprenderla. Bueno, quiero decir que es más probable así, que si vamos varios agentes.

—De acuerdo... ¿Qué hay, Knight?

Knight alzó y abrió la mano, mostrando en ella un pequeño frasco de cristal.

—Un compuesto de nitroglicerina —dijo—. El forense tenía

razón: James Galloway no estaba bien del corazón, según parece. Digamos que la rubia lo mató... de un susto.

—¿Qué susto?

—Bueno, señor, hay gente que se impresiona si la amenazan con una pistola, supongo. Sin ir más lejos —sonrió, divertido—, nosotros mismos, ¿no? Y somos profesionales... Ahora, imagínese un hombre pacífico como James Galloway, que ya debía saber no sólo la muerte de Dennison, claro está, sino el asesinato de Barton...

—No creo que sea así, Knight —murmuró Rufus.

—¿Por qué no?

—Porque el susto grande se lo lleva uno cuando ve la pistola de pronto, en el primer momento, en el que puede pensar que van a dispararle inmediatamente. Luego, siempre tenemos la esperanza del diálogo, ya no estamos tan asustados. Si hemos podido controlar el primer susto, la cosa se suaviza.

—¿Y tú crees que Galloway pudo controlar el primer susto?

—Sí.

—¿Cómo sabes eso?

—Está sentado a su mesa, ¿no? Y hemos visto que ya había metido sus cosas en una maleta, es decir, que ya se iba. Fue entonces cuando apareció la rubia, cuando Galloway se disponía a marcharse. Si tenía algo que recoger o hacer en el despacho, ya lo habría recogido o hecho, puesto que se iba. Por lo tanto, si volvió al despacho, fue por orden de la rubia. De modo que cuando llegaron aquí, el primer susto de Galloway ya había pasado...

—Entiendo. Lo que ella quería era que Galloway abriese la caja fuerte.

—No... No en primer lugar, Knight, porque entonces, o bien habríamos encontrado la caja fuerte abierta, o habríamos encontrado a Galloway en el suelo, frente a la caja, muerto entonces de un disparo..., o de un susto. No. Lo primero que le ordenó la rubia a Galloway fue que se sentase. Luego, vino el susto.

Knight soltó un bufido.

—De acuerdo —masculló—, ya he entendido por qué tú estás en los servicios especiales y yo, no. ¡Maldita sea mi estampa! Pero ya que tan listo eres, dime: ¿con qué asustó la rubia a Galloway?

—No sé. Con la pistola, no, desde luego. Ese susto ya estaba controlado, Galloway podía dialogar, en efecto. No, no fue con la

pistola... Sin embargo, Galloway se llevó un sobresalto tal, que falleció de un colapso cardíaco.

—Pero ¿qué susto?

—¡Demonios, y yo qué sé! Pero podemos hacer cábalas sobre una pregunta: ¿por qué quiso la rubia que Galloway se sentase a su mesa?

Los tres se quedaron mirando el cadáver de Galloway, todavía en su sillón, caído de bruces sobre la mesa, vidriosos los ojos, la mueca en su rostro...

—¿Quizá quería que él llamase por teléfono? —sugirió Knight.

—Para llamar por teléfono, no hace falta sentarse. ¿Para qué sirve básicamente una mesa de despacho?

—Para poner cosas en ella... —Gruñó Knight—. Y para escribir cómodamente. Y para cien cosas más.

Rufus Bryant asintió.

—Bien, ya me diréis qué encontráis en la caja, y en la mesa... En fin, todo. ¿Qué hay sobre la caja de Barton?

—Todavía no sabemos nada.

—Nos iremos viendo —aceptó Rufus—. Hasta luego.

—Llámenos en cuanto ocurra algo —dijo a su jefe—. De todos modos, cuando esto y lo de Barton esté un poco en orden, me pondré en contacto con usted. Y nada de heroicidades, Rufus: si necesita ayuda, pídale.

—Por supuesto que sí. Hasta luego.

—¿Adónde va? —preguntó Knight, cuando salió de su asombro.

—Se está aprendiendo de memoria el abecedario —sonrió su jefe.

CAPÍTULO IV

Rufus Bryant había conseguido algo fantástico. No aprenderse el abecedario, ciertamente, que ya conocía hacía muchos años. Lo que había conseguido era encontrar el coche «Dodge» de la rubia.

¿Suerte? ¿Casualidad? ¿Inteligencia?

Bueno, el coche estaba allí, eso era todo. En el primer momento, Rufus Bryant había pensado acercarse a la casa de Ira Orwell, apostarse cerca, y esperar la aparición del coche de la rubia..., si es que esto llegaba a ocurrir. Pero luego tuvo una idea que le pareció mejor, sobre todo teniendo en cuenta que si él conocía el coche de la rubia, también la rubia conocía el coche de él, y que si lo veía por allí, se apresuraría a escapar.

Así pues, la idea de Rufus consistió en dejar su coche algo alejado, y acercarse a pie al domicilio de Ira Orwell. Y, precisamente no muy lejos de donde él había dejado su coche, encontró el de la rubia, que, naturalmente, seguía la misma táctica de no acercarse con el coche hasta su verdadero objetivo.

Muy bien, allá tenía el coche de la rubia. Había anochecido hacía poco, así que veía perfectamente la matrícula por el reflejo de las luces eléctricas de la tranquila urbanización, hacia el norte de Washington... Sí, allá estaba el coche, pero... ¿dónde estaba la rubia? La respuesta parecía obvia: en la casa de Ira Orwell..., o buscando el modo de entrar en ella.

Al pensar esto, un escalofrío recorrió la espalda de Rufus Bryant. Casi echó a correr hacia la casa de Orwell, pero, pensándolo mejor, hacia donde corrió fue hacia donde había dejado su coche. Con él, llegaría antes, y no le importaba que la rubia le oyese llegar, si ya estaba en la casa. Además, en el coche tenía determinado equipo que en aquél mismo instante, mientras corría, decidió utilizar.

¡Quizá diese resultado...!

Pero, ante todo, lo verdaderamente urgente era llegar a la casa de Ira Orwell.

¡Y ojalá la rubia no hubiese entrado en ella todavía...!

* * *

—¿Qué le pasa? —preguntó secamente la rubia—. ¿No sabe usted leer, señor Orwell?

Ira Orwell se pasó la lengua por los labios, y musitó:

—Sí... Sí sé leer.

—Pues lea ese papel.

Orwell tomó el papel doblado en cuatro que la rubia había deslizado hacia él, sobre la mesa, y comenzó a desdoblarlo, lentamente. Estaba lívido. Era un hombre delgado, de mediana estatura, aspecto inteligente y frágil; debía tener algo más de cincuenta años, y en sus sienes se veían unas elegantes y atractivas canas.

—Mi esposa... —Tembló su voz—. Mi esposa...

—Sabe usted muy bien que su esposa está perfectamente, encerrada con el agente de protección en el *office*. Nada va a ocurrirles a ellos.

Ira Orwell volvió a pasarse la lengua por los labios, que notaba secos como tierra. Hacía apenas quince minutos que había regresado a su casa, acompañado por el agente que le habían destinado como protección... Y lo primero que había visto al entrar en la casa había sido a su esposa, de pie en el vestíbulo, y, tras ella, a la rubia, apuntándole a la cabeza, con una pistola con silenciador.

«Si ustedes no obedecen, la mato», había dicho enseguida la rubia.

Los dos hombres habían quedado inmóviles, asustados. Orwell había intentado leer en los ojos de la rubia su decisión de matar, había intentado adivinar si ella era realmente capaz de asesinar a su esposa; pero, los grandes y oscuros cristales de las gafas le habían impedido ver los ojos de la rubia, y en cuanto a su rostro, no mostraba expresión alguna. Parecía de cera. En cambio, la mano con que sostenía la pistola, era muy real, y firmísima. La punta del silenciador se apoyaba detrás de la oreja derecha de la señora

Orwell, que, por supuesto, estaba asustadísima y palidísima.

Las órdenes de la rubia habían sido que Ira Orwell desarmase y atase de pies y manos al agente de protección, para lo cual ya estaban preparadas unas finas y fortísimas cuerdas de nylon. Luego, el agente de protección fue firmemente amordazado. Y acto seguido, Ira Orwell tuvo que hacer lo mismo con su esposa, y llevarla, a ella y al agente, al office, donde habían quedado encerrados con llave, atados y amordazados.

Sí, Orwell sabía que su esposa estaba a salvo, por el momento, pero quería hablar..., tenía que hablar, tenía que mostrarse mucho más asustado de lo que realmente estaba... Y tenía que darse ánimos a sí mismo para hacer lo que se proponía. No por consideraciones hacia la rubia, sino porque si fallaba... Bueno, si fallaba, sabía que la rubia le metería una bala en la cabeza.

Así que no podía fallar.

—Señor Orwell, no quiero perder más tiempo —dijo secamente Mae Barrett, la espléndida rubia.

—Sí... Yo... yo... yo estoy... tan preocupado por mi esposa...

—Lea inmediatamente ese papel.

—Sí... Sí.

Ira Orwell bajó la mirada hacia el papel, pero todavía pensando en lo que se proponía hacer. Jamás pensó realmente que alguna vez fuese a serle útil aquello, pero... parecía que había llegado la ocasión. Sólo que la rubia, de pie a su derecha, casi tocando con sus muslos ese lado de la mesa, tenía que colocarse en otro sitio, tenía que ponerse delante de la mesa...

Haciendo un esfuerzo, Orwell apartó estos pensamientos, estos proyectos, como temiendo que la rubia pudiese adivinarlos, captarlos, de un modo u otro. Se concentró en la lectura. Y apenas comenzó a leer, palideció. Su mirada saltó vivamente hacia el rostro de la rubia, que estiró los maquilladísimos labios en una seca sonrisa escalofriante.

—¿No le gusta la lectura, señor Orwell?

—Pe... pero... pero esto... —jadeó Orwell—. ¡Esto no es cierto!

—Usted sabe que es absolutamente cierto. ¡Siga leyendo! Y no vuelva a interrumpir la lectura, no pierda ni un segundo más, o le mataré.

Ira Orwell se estremeció, y continuó leyendo. Llegó un momento

en que ya no podía estar más pálido. Por fin, volvió a mirar a la rubia, mientras sus temblorosas manos hacían crujir el folio que sostenía, agitándolo.

—Ya... ya lo he leído...

—Muy bien. Ahora, señor Orwell, escribirá usted eso mismo, pero a su manera, a mano, y luego lo firmará formalmente. ¿Me ha comprendido?

—Sí...

Hágalo. Saque papel y pluma, y empiece a escribir. Sin prisas, pero sin pausa. ¡Escriba!

—¡Sí, sí...! Te... tengo... bolígrafo y papel en... en el cajón central...

—Pues utilícelos.

La rubia sé desplazó un poco hacia su izquierda, de modo que podía ver cómo Orwell abría el cajón. Orwell lo abrió, eligió uno de los bolígrafos, tomó una hoja de papel, y cerró el cajón. Depositó el papel ante él, y comenzó a escribir. De pronto, miró a Mae Barrett.

—Creo... creo que debería usted... sentarse...

—Estoy bien aquí.

—Es que... me está poniendo... tan nervioso...

Orwell no podía ver los ojos de la rubia, pero sabía que ella le estaba mirando fijamente, fijamente; o quizá miraba sus manos temblorosas; o quizá el ligero sudor que Orwell comenzaba a sentir en su frente...

—Está bien —aceptó la rubia—. Siga escribiendo.

Pasó delante de la mesa, y se sentó en uno de los sillones. Ira Orwell parecía petrificado contemplando aquel rostro inmóvil, inexpresivo. Tragó saliva. Sí, ahora ella estaba en buen sitio, sí. Comenzó a mover lentamente el pie derecho...

Frente a él Mae Barrett le observaba atentamente. Atentísimamente. Tras los oscuros cristales, los ojos escrutaban a Orwell de tal modo que éste se habría estremecido, de poder verlos. La mirada de la rubia iba de las manos de Orwell al papel, a la frente de Orwell, que relucía ya de copioso sudor, y de nuevo a las manos del hombre, que temblaban tanto que era imposible que pudiese estar escribiendo... La mirada de la rubia dejó de observar el rostro de Ira Orwell, y miró detrás de éste, hacia la pared. Luego miró a derecha, a izquierda. Y por fin, se fijó en el borde de la mesa

ante la cual estaba sentada, pistola en mano.

Y la mirada quedó fija en la media docena de oscuros orificios que había en el borde de mesa... Hubo un incontenible respingo en la boca de la rubia, Orwell alzó la mirada, vio la crispada expresión en aquel rostro que antes le había parecido de cera, y, con extraordinaria lucidez, comprendió que la rubia se había dado cuenta.

De modo que movió ya abiertamente el pie derecho, hacia el botón que había al pie de la mesa, y que debía presionar.

Justo en el momento en que el pie llegaba sobre el botón hundido en el piso, la rubia, lanzando una exclamación, saltaba del sillón, dejándose caer de rodillas ante la mesa, y tirándose enseguida de costado.

La ráfaga de balas pasó por encima de la rubia, repartiéndose como en un abanico dentro de cuyo arco quedaron los dos sillones colocados ante la mesa, y que se estremecieron y se desplazaron ligeramente hacia atrás, al recibir los impactos que hicieron pequeños agujeros en la tapicería.

Todo fue velocísimo, todo sucedió con una rapidez alucinante.

Mientras Orwell apretaba con fuerza el botón de disparo, su mente había asimilado ya la realidad de que la rubia se había dado cuenta, y de que estaba fuera de la línea de tiro, así que, sin dejar de apretar el botón, abrió el primer cajón de la derecha, sacó la pequeña «Browning», y sólo entonces dejó de apretar el botón y se puso en pie, con expresión alucinada, mirando ante él. Captó entonces el movimiento a su izquierda. Su cabeza giró hacia allí, sus ojos vieron a la rubia asomando el crispado rostro por el lado izquierdo de la mesa... La mano derecha de Orwell comenzó a desplazarse para orientar la pistola hacia la rubia... La mano derecha de ésta apareció por encima del borde de la mesa.

Plop, oyó Ira Orwell el chasquido del disparo.

La bala le acertó en la sien izquierda, lo hizo girar aparatosamente, y lo derribó rodando por el suelo, muerto en el acto, con parte de la cabeza destrozada.

Todavía resonaban en el despacho los estampidos de los disparos que habían brotado del borde de la mesa de Orwell, todavía estaba todo lleno de un ligero humo acre, que se esfumaba rápidamente... La rubia cogió rápidamente su folio doblado en cuatro y el papel en

el que Ira Orwell había comenzado a escribir, los metió dentro del portafolios, agarró éste con la mano izquierda, y, siempre la pistola en la mano derecha, fue hacia la puerta del despacho, la abrió con dos dedos de la mano izquierda, y salió rápidamente, casi corriendo...

* * *

El crepitar de la ráfaga de disparos llegó a oídos de Rufus Bryant cuando éste se hallaba a menos de veinte metros de la casa de Ira Orwell. Los estampidos sonaron lejanos, amortiguados, y casi podían confundirse con cualquier otra cosa, o al menos desconcertar a quien los oyera..., siempre y cuando esta persona no estuviese acostumbrada al tronar de las armas de todas clases, como era el caso de Rufus Bryant.

De modo que, comprendiendo en el acto que lo que oía eran disparos de ráfaga, Rufus metió el pie fuertemente en el freno, y saltó del coche, ya empuñando su pistola y corriendo hacia la casa.

Pese a su apresuramiento, a su obsesión por la casa, captó el movimiento a su izquierda, en la calzada. Volvió la cabeza justo en el momento en que se encendían las luces de un coche, que se despegaba del bordillo de la otra acera, de modo que, por un instante, las luces atraparón de lleno a Bryant.

Por detrás de las luces, aparecieron varios fogonazos rojizos, y Rufus oyó sobre su cabeza el silbido siniestro de las balas, una de las cuales pasó rozándole la barbilla por la parte inferior, haciéndole sentir como una pequeña y súbita quemadura..., que persistió mientras Rufus Bryant, demudado el rostro, se dejaba caer al suelo, en aparatosa y dolorosa estirada más propia para una piscina.

Le dolió más el golpe que se propinó con el puente de la nariz contra el suelo, que la quemadura de la bala. Rebotó, dolorida la cara, las manos y una rodilla, y giró, buscando cobijo y al mismo tiempo al coche, cuyo motor rugía fuertemente. Pero las luces ya no apuntaban a Rufus Bryant, sino hacia delante, en la dirección que seguía el coche, alejándose..., mientras desde las ventanillas disparaban ahora contra la casa de Ira Orwell.

Se oyó el tintinear de cristales, impactos contra el suelo, rebotes

de balas, rechinar de neumáticos...

Rufus se puso de rodillas, extendió el brazo derecho, apuntó hacia el coche, sosteniendo la muñeca derecha con la mano izquierda, y apretó varias veces el gatillo.

¡Crack, crack, crack, crack!, atronaron de nuevo el aire los estampidos de arma de fuego..., mientras el coche desaparecía de la línea de tiro y, acto seguido, de la línea visual de Rufus Bryant.

Éste se puso en pie, dio la vuelta, y corrió hacia donde había dejado el coche, que estaba con el motor en marcha. Se metió dentro, acercó el pie al pedal del gas...

—¡Maldita sea! —exclamó.

Cuando salió del coche y echó a correr, cojeando ligeramente, hacia la casa de Orwell, se encendían muchas luces en las casas vecinas, y otra vez oía voces, gritos de alarma...

—¡Cochina traidora! —jadeó Rufus—. ¡De modo que te has buscado ayuda...!

Llegó ante la puerta de la casa, la empujó, llamó al timbre frenéticamente... Acto seguido, se apartó, y, sin miramientos, disparó contra la cerradura, para terminar de casi arrancar la puerta de un tremendo patadón, colocándose enseguida a un lado del marco.

—¡Señor Orwell! —llamó—. ¿Está usted bien?

Dentro de la casa, no se oía nada. O quizá sí se hubiese podido oír algo, si no hubiese aparecido gente gritando, haciendo preguntas y lanzando exclamaciones, desde las otras casas.

Rufus entró rápidamente, quedando a un lado del vestíbulo. No pasó nada. Encontró el interruptor de la luz, pero se dio cuenta, de pronto, de que el resplandor que veía a su derecha no procedía de la calle, penetrando por una de las ventanas, sino del interior de la misma casa.

Corrió hacia allí, y se colocó a un lado de la puerta abierta. El olor a pólvora quemada era muy intenso.

—¿Señor Orwell?

Ninguna respuesta.

Rufus asomó la cabeza velozmente, y la retiró. Fue igual que tomar una fotografía. En sus ojos quedó impresa la imagen que acababan de ver: un despacho, y, a la izquierda de la mesa, en el suelo, un hombre caído de bruces. Nada más.

Fue entonces cuando comenzó a oír, en alguna parte, los fuertes golpes contra madera, que se mezclaban con palabras excitadas, que llegaban desde fuera de la casa. Rufus Bryant se tocó la parte inferior de la barbilla; luego, se miró los dedos, manchados de sangre... Sacudió los dedos, y volvió a mirar dentro del despacho, con menos precauciones.

Se decidió a entrar. Nada pasó. Segundos más tarde, Rufus Bryant estaba acucillado junto al cadáver de Ira Orwell, contemplando la terrible herida que había destrozado la parte izquierda superior de la cabeza.

—Dios...

Los golpes contra la madera seguían oyéndose. Rufus se puso en pie, salió del despacho, y se orientó rápidamente. Llegó ante la puerta del office, donde sonaban los golpes, y la abrió, colocándose enseguida a un lado, lista la pistola... Unos pies de hombre aparecieron en el hueco. Zapatos, pantalones..., todo bien atado, juntos los pies. Rufus Bryant comprendió.

Encendió la luz, y se quedó mirando al hombre y a la mujer sólidamente atados y amordazados, que lo miraban con ojos desorbitados. Rufus guardó la pistola, sacó el cortaplumas, y tras acucillarse junto al hombre, le cortó primero la mordaza, y cuando parecía dispuesto a hacer lo mismo con las cuerdas, miró a la mujer, y también le quitó la mordaza. La mujer rompió a llorar histéricamente, congestionado terriblemente el rostro.

Sin hacerle caso, Rufus procedió a cortar las cuerdas que sujetaban al hombre, mientras decía:

—Desate luego a la señora, pero no permita que entre al despacho. Y no se mueva de aquí: pronto vendrán unos compañeros, que yo mismo avisaré. Que nadie toque nada, que nadie entre... ¿Comprende?

—Sí —jadeó el hombre.

—Bien... —Rufus guardó el cortaplumas—. ¿Cómo se encuentra? ¿Los han herido?

—No... Estamos bien. Ella sólo le ordenó al señor Orwell que nos atase y amordazase.

—¿La rubia?

—Sí.

—¿Estaba sola?

—Sí. Cuando entramos ya estaba dentro de la casa, y sujetaba a la señora Orwell, apuntándole a la cabeza con una pistola... ¿Lo ha... ha...? ¿Al señor Orwell lo... lo ha...?

—Lo ha hecho. Desate a la señora.

Rufus volvió rápidamente al despacho. No vio en parte alguna la inevitable caja fuerte.

—Le estoy pisando los talones... —murmuró—. ¡El coche!

Cuando se disponía a salir corriendo, vio sobre la mesa el bolígrafo, pero, de momento, no le dio importancia alguna; simplemente, lo vio, como vio otras muchas cosas.

Salió de la casa a toda prisa, apartando a algunas personas y ordenando que nadie entrase. Corrió hacia su coche, se metió dentro, y partió a toda velocidad hacia donde había visto el «Dodge» de la rubia.

Ya no estaba allí.

Una hosca sonrisa apareció en los labios de Rufus Bryant.

—Jovencita —masculló—, más que una gata eres una anguila. Te admiro profundamente, en cierto modo, pero... —Sacó la radio de bolsillo y efectuó la llamada—: ¿Señor?

—¿Sí, Rufus?

—Ella se ha cargado también a Orwell.

Hubo unos segundos de silencio por parte del jefe de Rufus Bryant. Luego:

—Ordenaré que custodien adecuadamente a Rooney y Talbott. ¿Ha muerto alguien más?

—No, señor. Pero estuvieron a punto de freírme a mí. Nuestra rubia ya no trabaja sola, al parecer.

—¿Qué ha ocurrido exactamente?

Rufus lo explicó, con exactitud y concisión. De nuevo unos segundos de silencio por parte de su jefe, antes de que se oyese su voz:

—Está bien. Nos ocuparemos también de lo de Orwell. Nos reuniremos con usted cuanto antes, Rufus.

—Bueno, señor, el caso es que yo no voy a quedarme aquí, si le parece a usted bien.

—¿Por qué? Si lo que quiere es ir a proteger a Rooney o Talbott, ya le digo que inmediatamente daré la orden para que los protejan adecuadamente. En pocos minutos, varios hombres llegarán a sus

respectivas casas.

—Yo no los alarmaría, señor. Y volvemos a lo mismo de antes. Es decir, si la rubia ve a los nuestros, no se acercará...

—Bueno, pues estarán vigilando afuera, sin avisar siquiera a los protegidos, de que están por allí.

—Bien. De todos modos, quizá no haga falta, señor, porque... Verá usted, es que respecto a la rubia...

CAPÍTULO V

Mae Barrett detuvo el coche delante de su cabaña, en el motel The Birds, apagó el motor, y dejó caer las manos con gesto de cansancio. Estuvo así unos segundos. Luego, cuidadosamente, se tocó con dos dedos el costado izquierdo, por debajo de la ligera chaquetilla azul.

A la luz del alumbrado de los senderos del motel, se quedó mirando la sangre que manchaba sus dedos.

«¿Cómo no me di cuenta de que una de las balas me había alcanzado? Debió ser una de las del orificio del extremo izquierdo, mientras yo me dejaba caer de rodillas... De todos modos, me parece que no es nada importante. Pero ha complicado las cosas: los demás tendrán que esperar... O quizá no».

Se limpió la sangre en la blusa. Salió del coche, lo cerró, y se dirigió hacia la cabaña. Segundos después estaba dentro. Cerró la puerta, encendió la luz, y fue a dejar el portafolios sobre una mesita, junto al teléfono. Lo abrió, sacó el papel en el que había empezado a escribir Ira Orwell, y, al ver lo escrito, sonrió secamente, pero un tanto divertida.

En el papel ponía:

«Yo, Ira Orwell, actualmente miembro de la Junta Consultiva para Asuntos Sociales del Presidente de Estados Unidos, confieso... que la capital de Estados Unidos es Washington. Washington, capital de Estados Unidos, Washington, cap...».

—Bueno —dijo, en voz alta, la rubia—, no tengo la exclusiva de

la inteligencia y la astucia, naturalmente. Orwell empezó a escribir lo que tenía que escribir, pero cuando creyó que podría matarme, cambió de tema, y continuó escribiendo lo primero que se le ocurrió..., mientras esperaba su momento.

Se tocó de nuevo el costado, y movió la cabeza con disgusto. Guardó cuidadosamente el papel en el que Orwell había escrito, sin mancharlo de sangre, y tras cerrar el portafolios, en el que había guardado ya la pistola, se dirigió al cuarto de baño.

Allí se quitó los lentes, que dejó en una repisa. Luego, rasgando la blusa, se la quitó en dos pedazos, que tiró a un rincón. Debajo no llevaba nada más. Absolutamente nada más, de modo que enseguida vio la herida en el costado izquierdo. Cuidadosamente, con dos deditos, separó los bordes de la herida, cuya superficialidad era evidente.

Bueno, había perdido un poco de sangre, eso era todo.

Eso, y que había perdido una falda y una blusa. Barato. La falda también estaba manchada por la sangre que se había deslizado por el costado, de modo que se la quitó, y la tiró con la blusa. Vaya, también las braguitas... Se las quitó y las tiró con el resto de las prendas, quedando así completamente desnuda.

Abrió el armario-botiquín, y encontró lo necesario para pequeñas curas. Procedió a ello, empezando por lavarse la herida simplemente con agua y jabón, sin mover un músculo del rostro, pese al escozor en la carne viva. Secó bien la herida, se puso un par de gasas, y las sujetó con unas cuantas tiras de esparadrapo. No era una cura perfecta, ni mucho menos, pero aguantaría hasta que pudiese dedicarle mayor atención.

Joel Rooney.

Ahora le tocaba el turno a Joel Rooney.

Aunque..., ¿y el atleta rubio? Se lo había encontrado ya dos veces, y en ambas pudo haberlo matado, sin el menor problema. Todo lo que tenía que haber hecho era esperarlo agazapada en el interior de la casa de Galloway, y luego en la de Orwell. Sí, podía haberlo matado, pero su instinto le impidió hacerlo. No quería hacer nada de lo que luego tuviese que arrepentirse amargamente.

Claro que podía estar equivocada con él, pero no era probable. No, no era probable. Hacía tiempo que conocía bien a hombres como aquél, estaba segura de no equivocarse. De todos modos, era

un hombre inteligente..., a menos que su llegada a las casas de Galloway y Orwell hubiese sido casual.

—No lo creo —dijo, en voz alta—. Nada de casualidades. Simplemente, es inteligente. Tendré que cambiar mi sistema. Lo malo es que si el rubio ha llegado a las conclusiones que parecen evidentes, ya no importa cambiar de sistema, tanto Talbott como Rooney deben estar muy bien custodiados... Me lo están poniendo muy difícil.

Abrió de nuevo el grifo del agua, y procedió a limpiar la sangre del lavabo, y a lavarse concienzudamente las manos. Sólo se oía el fuerte rumor del agua cayendo del grifo.

Sí, el rubio se lo había puesto todo muy difícil. Si le hubiese metido una bala en la cabeza en casa de Galloway, en lugar de disparar alto todas las veces, quizá ahora tendría el camino libre, nadie la molestaría. Pero no se arrepentía de aquellos disparos altos, no... De ninguna manera podía matar al rubio. ¡De ninguna manera!

Cerró el grifo del lavabo, y se volvió. Entonces, vio la ropa manchada de sangre, caída en un rincón. Se quedó mirándola pensativamente. Podía llevársela y tirarla en cualquier parte, pero no le pareció digno de ella. Había visto unas tijeritas en el armario, las había utilizado ya antes. Las volvería a utilizar.

Tapó el lavabo, colocó encima la ropa, y comenzó a cortarla a pedacitos, rápidamente. Cuando estuvo a su gusto, la llevó a la taza del inodoro, y la tiró allí. Luego, apretó el botón de desagüe de la cisterna. Se había manchado de nuevo las manos de sangre, así que se las volvió a lavar. Mientras tanto, la cisterna del inodoro se había vuelto a llenar de agua, de modo que volvió a apretar el pulsador eléctrico.

De nuevo el rumor del agua cayendo, y esta vez se llevó hasta el último pedacito de tela. Perfecto.

Echó un vistazo en torno. Sí, todo perfecto.

Salió del cuarto de baño al dormitorio, directa hacia el armario, para escoger otra ropa y continuar su labor.

Pero...

Pero, allí, sentado en el borde de la cama, con una automática en la mano derecha, estaba el rubio, mirándola con expresión insondable, hermética. Mae Barrett quedó como clavada de pies al

suelo. Eso fue todo.

—¿Qué tal? —saludó el rubio.

La rubia frunció un instante el ceño. Luego, sonrió.

—Bien, gracias. ¿Y usted?

El rubio señaló las tiras de esparadrapo adheridas al costado de la rubia.

—¿Y eso?

—Ah, no tiene importancia. Un rasguño.

—Me alegro por usted.

—Muy amable.

La rubia, que había recogido los lentes de la repisa del cuarto de baño, se dispuso a ponérselos, pero el rubio movió negativamente la cabeza, chascando la lengua.

—Ah... ah, nada de eso, jovencita.

—¿Qué tiene de malo que me ponga los lentes?

—Me gusta ver sus ojos. Son preciosos. Aunque extraño en una rubia: lo corriente es que los tengan azules... Sin embargo, usted los tiene negros.

—Soy muy peculiar —sonrió de nuevo Mae Barrett—... ¿Puedo saber quién es usted y qué hace aquí? ¿Es un atracador?

Rufus Bryant puso cara de pasmo. Luego, su rostro mostró una simpática sonrisa.

—Oiga, jovencita —dijo amablemente—, su cara es muy bonita, pero la tiene muy muy dura. ¡No me diga que no me conoce!

—Pues... no. No le conozco, lo siento.

—¿Por qué lo siente?

—Porque si le conociese, supongo que usted no me estaría apuntando con esa pistola: seríamos amigos, ¿no?

—Admirable desfachatez —parecía encantado Bryant—. Yo la he visto a usted una vez, y sé que usted me ha visto a mí seguramente dos veces. Mire, no quiero parecerle jactancioso, pero los tipos como yo no abundan: estoy seguro de que me recuerda. ¿A que sí?

—No. Lo siento.

—Bueno, ya verá como iré despertando su memoria... ¿Cuál es su nombre?

—Mae Barrett. ¿Y el suyo?

Rufus Bryant estuvo unos segundos en silencio, contemplando el espléndido cuerpo desnudo que permanecía inmóvil, a pocos pasos

de él. Absolutamente espléndido, de formas impecables, magníficas; la piel parecía seda. Los pechos de Mae Barrett eran una maravilla. Y las caderas, y las piernas... Bueno, todo era una maravilla, en Mae Barrett.

Bryant señaló con la pistola los rizos púbicos de la muchacha, que no se movió, no pareció asustarse.

—Es curioso que una rubia no tenga los ricitos rubios, ¿no le parece?

—Lo que me parece —rió ella— es qué usted es virgen.

—¡Caramba! ¿Por qué dice eso?

—Porque si hubiese ido con mujeres, sabría que el vello de aquí no siempre es igual que el cabello.

Rufus frunció el ceño.

—Pues ahora que lo menciona, es cierto. Tiene usted razón. Pero, a poco que la observemos a usted atentamente, y le aseguro que yo lo estoy haciendo, hay en usted demasiados detalles contradictorios: los ojos oscuros, el cabello rubio, el vello de otro color... ¿Qué otras sorpresas puede ofrecerme?

—Por el momento, no se me ocurre ninguna más.

—Bueno, ya se le ocurrirá. ¿Qué le ha pasado en el costado? ¡No me lo diga! ¿A que lo adivino?

—Veamos —sonrió una vez más la rubia.

—Estaba usted arreglándose las pieles de las uñas con una de esas lancetas de tocador cuando, de pronto, ¡zas!, se le escapa la lanceta y se clava, inoportuna y dolorosamente, en su costado... ¿A que sí?

—¡Oh! ¿Cómo lo ha adivinado?

—A mí me pasó lo mismo una vez.

—¿De veras? —exclamó la rubia, abriendo mucho los ojos, con delicioso gesto de sorpresa—. ¡Qué coincidencia!

—Sí, qué coincidencia. —Rufus miró su reloj de pulsera, con gesto rápido—... ¿Está usted sola en el motel?

—Sí. En cambio, usted parece esperar a alguien, pues de otro modo no creo que le importase la hora que es. ¿Espera a algún amigo para que le ayude a violarme?

Rufus se quedó mirándola fijamente. De pronto, llevó la mano izquierda tras él. Cuando la mostró de nuevo, sostenía el portafolios de la rubia, a la cual no había dejado de mirar fijamente. Mostró en

alto el portafolios.

—Me permití recogerlo, cuando pasaba por el saloncito. Y hasta le he echado un vistazo preliminar. Quiero decir que he visto la pistola. Por cierto: ha sido disparada no hace mucho. Pero sin escándalo, claro: para eso lleva usted silenciador.

—¿Puedo sentarme? —murmuró Mae Barrett.

—Bien a mi vista, sí.

—¿Y ponerme algo de ropa?

—No.

—¿Es usted un mirón? ¿O un sátiro?

Rufus Bryant apretó los labios. Eso fue todo. La rubia fue a sentarse en una butaquita, a un par de metros de Bryant. Cruzó las piernas, ocultando sus abundantes rizos sexuales.

—¿Qué le ha pasado en la cara? —preguntó.

—Tropecé con una moneda de diez centavos, y me caí.

—Bueno —sonrió otra vez la rubia—, espero que al menos recogería los diez centavos.

—¡Me olvidé! ¿Acepta usted buenos consejos?

—Si realmente son buenos, siempre.

—Voy a darle uno. Quédese ahí, sentadita, y no se mueva ni para rascarse. ¿Está claro?

—Sí.

Rufus Bryant asintió. Dejó la pistola a su lado, sobre la cama, colocó el portafolios sobre sus rodillas, lo abrió, y echó un rápido vistazo al interior. Desdeñó la pistola, que ya había visto antes, en efecto, y tomó una de las hojas de papel, que desdobló utilizando solo una mano. La alzó un poco, y comenzó a leer, alternando esto con frecuentes miradas a Mae Barrett.

Un gesto de leve estupor apareció brevemente en el rostro de Rufus, a medida que iba leyendo. Por fin, miró directamente a la desnuda rubia.

—Evidentemente, el señor Orwell posee grandes conocimientos de geografía política... ¡Sabe, nada menos, que Washington es la capital de Estados Unidos!

—Sí —murmuró Mae—... Era un hombre muy culto.

—¿Y eso es malo?

—Claro que no.

—Entonces, lo mató usted por otro motivo... ¿Cuál?

—Si lo que usted quiere es que hablemos en serio —musitó Mae Barrett—, yo estoy dispuesta. Pero sólo lo haré cuando me diga quién es usted.

—Rufus Bryant, agente especial para investigaciones, de la CIA. Mae Barrett parpadeó. Luego, asintió.

—¿Cómo me ha encontrado? —preguntó.

—Encontré su coche cerca de la casa de Ira Orwell, y, antes de ir hacia la casa, le coloqué un emisor de señales. Llegar luego hasta el motel y encontrar su coche ante esta cabaña, ha sido relativamente fácil, utilizando mi receptor de señales.

—¿Van a venir más agentes de la CIA?

—Así es. Avisé a mi jefe de lo que había hecho, le he avisado cuando he encontrado su coche, y debemos suponer que no tardará demasiado en llegar.

—Ya. Y entró usted cuando yo estaba echando agua al inodoro, ¿no es así?

—¿Cómo sabe que fue justo entonces?

—Porque, de otro modo, le habría oído.

—Mala suerte para usted. ¿Algo más?

—Sí. Me está poniendo nerviosa ver sangre en su cara... ¿Me permite que le haga una pequeña cura? Soy una experta, ya ve —sonrió señalando su costado.

—Quédese donde está, Mae.

—Vamos, no sea absurdo... ¿Teme que una mujer desnuda y desarmada pueda perjudicarle de algún modo? Por cierto: ¿realmente ha reparado usted en que estoy desnuda?

—En efecto.

—¿Y no le gusto?

—Mucho.

—En ese caso, quizá le gustaría... Bueno, ya me entiende.

—Fantástica proposición —sonrió secamente Rufus—... En realidad, toda usted es fantástica. ¿Verdaderamente se ha propuesto eliminar, por orden alfabético, a todos los miembros de la Junta Consultiva para Asuntos Sociales del presidente de Estados Unidos?

—De modo que se dio usted cuenta del orden alfabético —sonrió Mae Barrett.

—En efecto.

—Magnífico.

—¿Magnífico? —se sorprendió Rufus—. Parece que usted no ha comprendido: si yo no hubiese descubierto eso, usted no estaría ahora en tan difícil situación. Y otra cosa... Si se proponía eliminarlos a todos, por orden alfabético..., ¿por qué eligió en primer lugar a Michael Dennison? Lo lógico habría sido que eligiera a Barton, ¿no le parece?

—Ah, pero..., ¿la B va antes que la D?

Rufus Bryant entornó los párpados. Tenía ante él una mujer muy hermosa, mucho; lástima que fuese tan maquillada. Y quizá tenía la nariz algo gruesa. También su cara era un tanto excesivamente redonda, sin forma... Como la de una muñeca. Y los ojos... La mirada de Bryant quedó fija en los ojos oscuros de Mae Barrett. Pensó que ella llevaba lentillas, pero si era así, estaban magistralmente colocadas, y eran de una calidad absolutamente excepcional. Sí, era un rostro como el de una muñeca, porque cuando Mae Barrett hablaba, sus facciones apenas se movían. Eran unas facciones... irreales. Como los ojos, como el cabello. O sea, que...

El agente de la CIA parpadeó, de pronto. Fue como si dentro de su cabeza hubiese estallado algo. Algo increíble que...

—¿Se encuentra bien, señor Bryant? —se interesó Mae.

Rufus se pasó la lengua por los labios.

—Perfectamente —dijo con voz tensa.

—Pues yo no. Estoy un poco mareada... Debe ser la herida... ¿Le molestaría que me tendiese en la cama, mientras esperamos a sus amigos? De verdad, no me encuentro bien.

—De acuerdo —murmuró Bryant.

Todo lo que hizo fue tomar la pistola e ir apuntando con ella a Mae mientras ésta se acercaba a la cama. La rubia se sentó junto a él, encogió las piernas girando hacia el centro de la cama, y se tendió boca arriba, completamente. Cerró los ojos, y estuvo así un par de minutos, observada con extraordinaria fijeza por Rufus.

Por fin, Mae abrió los ojos, y sonrió dulcemente.

—Gracias... Ya me encuentro mucho mejor. ¿De verdad no quiere aceptar mi oferta?

—¿Es usted ninfómana?

—Me gustan los hombres hermosos como usted —susurró ella—. Y mucho me temo que muy pronto estaré alejada, por bastante

tiempo, de la posibilidad de gozar de ellos.

—Eso es cierto —admitió Rufus—. ¿De verdad lo desea?

—De verdad. Dice un refrán: de lo perdido, saca lo que puedas.

—Eso también es cierto —murmuró el agente de la CIA...

Ella le tendió los brazos, sonriendo. Todavía estuvo Rufus mirándola unos segundos, con extraña atención. Luego, giró en el borde de la cama, y su cuerpo entró en contacto con el de Mae Barrett. Notó la búsqueda de ella, y se estremeció cuando notó el contacto de sus dedos, tras oír el leve deslizarse de la cremallera del pantalón. Un instante más tarde, ella lo había guiado dulcemente, y Rufus Bryant se sintió como envuelto en una extraña nube de calor.

—¿No podrías... prescindir de la automática... para esto? —susurró Mae Barrett.

—No nos molesta a ninguno de los dos —susurró también Rufus.

—Como quieras...

Mae Barrett le rodeó el cuello con los brazos, y su boca, excesivamente maquillada, buscó la de Rufus Bryant, que enseguida notó en sus labios la tierna lengua femenina. Ahora, Rufus tenía la sensación de estar flotando encima de aquella nube caliente. Mae alternaba los besos con profundos suspiros, mientras se agitaba suavemente bajo el cuerpo de él, en una entrega total, dulcísima, llevándolo rápidamente hacia la cúspide del placer..., hacia la cual ella se dirigía no menos rápidamente.

—Oooh —gimió—... O... o... oooh...

También Rufus Bryant sintió que la cabeza comenzaba a darle vueltas...

* * *

—¿Te ha gustado? —susurró Mae.

—Mucho —tuvo que admitir Rufus Bryant.

Se sentó de nuevo en el borde de la cama.

Mae Barrett sonrió, y se desperezó voluptuosamente, mirando con sonriente expresión a Rufus.

—¿Te importa que me vista? Supongo que no vais a sacarme desnuda de aquí, así que, de todos modos, tendré que vestirme. Vamos... ¿Qué puedes temer de mí?

Rufus se puso en pie, se acercó al armario, lo abrió, y miró

brevemente su interior. Luego, comenzó a palpar los vestidos, todos nuevos, al parecer. Eligió uno, y lo tiró a los pies de la cama.

—¿Necesitas algo más? —preguntó.

—No. Gasto muy poco en ropa.

Mae salió de la cama, y se puso el vestido. Se quedó mirando, siempre sonriente, a Rufus.

—¿Y ahora? —Gruñó éste.

—Bueno, si no te importa darme unas braguitas... Sólo tengo dos, y unas las he destruido... Las que me quedan están en un cajoncito. ¿Serás tan amable?

Bryant encontró las braguitas, y las tiró también sobre la cama, siempre sin perder de vista a Mae. Ésta tomó las braguitas, se las puso, dejó caer la falda, y se quedó mirando con aquella extraña sonrisa a Rufus Bryant.

—No aceptarías llegar a ningún acuerdo conmigo, ¿verdad?

—No digas tonterías —gruñó Rufus.

—Me lo temía. Bien... ¡Adiós!

La sorpresa dejó paralizado a Rufus Bryant, no sólo al oírla, al parecer, impropediente despedida, sino al ver a Mae llevarse la mano a la boca rápidamente, con el gesto de echarse algo en ella. Inmediatamente, Mae tragó, y se quedó mirando a Rufus, ya sin sonreír. El agente especial de la CIA reaccionó de pronto, saltando hacia ella.

—¿Estás loca? —gritó—. ¡Escupe eso!

—Ya lo he tragado —musitó Mae.

—Pero... ¡Maldita sea tu estampa! ¡Yo creía que tú...! ¡Te voy a hacer vomitar hasta las entrañas! ¡Ven aquí!

Mae retrocedió un par de pasos, y alzó las manos.

—Intenta tocarme —dijo fríamente—, y ya verás lo que hago contigo: te obligaría a matarme..., o te mataría. ¡Intenta tocarme!

—¡Ven aquí!

—Ven tú..., si te atreves... Ven si te... si te a... atre...

Las rodillas de Mae Barrett se doblaron al tiempo que sus ojos giraban, mostrando el blanco de las córneas. Un gemido brotó de su boca, sus manos fueron al vientre... Acto seguido, cayó de bruces, y quedó inmóvil. Durante unos segundos, todavía aterrado, el agente de la CIA estuvo apuntándola con la pistola, mientras la idea daba vueltas en su cabeza: ella había intentado encontrar el medio de

sorprenderlo, pero, al no conseguirlo, pese a sus esfuerzos, se había suicidado; debía llevar una cápsula de cianuro escondida en alguna costura de las braguitas... ¡Cianuro!

—Por el amor de Dios —tartamudeó Rufus—... ¿Todavía se hacen estas cosas...?

El inesperado desenlace echaba por tierra todas las teorías que hasta aquel momento había estado elaborando Rufus respecto a la muchacha. Había creído descubrir algo fantástico..., y resultaba que lo único fantástico que había allí era aquel suicidio, fruto del más arcaico fanatismo...

Se abalanzó sobre Mae Barrett, y le dio la vuelta. Ahora sin complacencia alguna, puso una mano sobre un seno, masculló algo, apartó el seno, que vibró con dulce turgencia, y apretó la palma contra las costillas de la rubia. Todavía latía el corazón... Miró su rostro inexpresivo, yerto, y la boca entreabierta... Un teléfono. ¡Había visto uno en el saloncito, cuando recogió el portafolios de Mae!

Salió rápidamente del dormitorio, y se abalanzó hacia el teléfono que, en efecto, estaba sobre una mesita, delante del pequeño sofá. Descolgó el auricular, y pulsó repetidamente la horquilla.

—Oiga, oiga... ¡Oiga, maldit...!

—¿...?

—¡Un médico! —aulló Rufus—. ¡Eso es lo que necesito inmediatamente, un médico!

—¿...?

—¿Qué...? Ah, sí... ¡Un momento!

Dejó el auricular sobre la mesita, corrió hacia la puerta, la abrió, y echó un vistazo al número que había en ella. Antes ni se había molestado en mirarlo; simplemente, al ver el coche de la rubia delante de aquella cabaña, había entrado, con su ganzúa. En cuanto a su jefe, todo lo que tenía que hacer al llegar al motel The Birds era, también, buscar el coche de la rubia para saber cuál era su cabaña, y, en todo caso, si tenía dudas, llamarlo por la radio...

Regresó corriendo al teléfono.

—¡Oiga...!

—¿...?

—¡Es la número nueve! ¡Y díglele al médico que traiga el

vomitivo más fuerte que tenga!

—¿...?

—¡Vomitivo, sí, eso he dicho! ¡Vomitivo!

Colgó de un zarpazo, y regresó corriendo al dormitorio. Lo que podía hacer él, mientras llegaba el médico, era bien poca cosa... Podía intentar provocar arcadas en Mae Barrett, metiéndole los dedos en la boca, o quizá con...

Se detuvo tan en seco, que casi cayó de bruces.

La rubia no estaba en el suelo.

Ni en ninguna parte de la habitación.

Rufus Bryant tuvo la sensación de que una enorme maza descargaba un tremendo golpe en el centro de su cabeza. Todavía estaba tambaleándose cuando, lanzando una exclamación, se disponía a correr hacia el cuarto de baño..., en el mismo momento en que veía entreabierta la ventana del dormitorio.

Y justo en ese momento también, a sus oídos llegaba el rugir del motor de un coche, que comenzó a alejarse, rápidamente. Durante una fracción de segundo, Rufus Bryan quedó con la boca abierta, como paralizado para toda la vida. Pero sólo fue una fracción de segundo. Dio la vuelta, salió del dormitorio, apareció fuera de la cabaña como disparado..., y todavía pudo ver las luces del coche de la rubia, alejándose.

Aunque... no. No era el coche de la rubia el que se alejaba, sino el suyo. El coche de la rubia seguía allí..., ¡y la rubia se había llevado el suyo!

Barbotando una maldición, Rufus corrió hacia el «Dodge» de Mae Barrett, se metió dentro, y lanzó una exclamación de triunfo al ver las llaves en el contacto..., con lo que quedaba demostrado que la rubia tenía la misma mala costumbre que él. Dio el encendido, y el coche comenzó a moverse cuando apretó el pedal del gas... Toc-toc-toc, hizo, como arrastrándose por el suelo.

Mientras el coche de Rufus Bryant escapaba a toda velocidad, el agente de la CIA colocaba las manos sobre el volante, y se quedaba mirando hacia el frente, con expresión desorbitada: la rubia se había marchado por la ventana con su portafolios, y naturalmente, con su pistola..., con la cual había disparado contra los neumáticos del «Dodge», ya que no pensaba utilizarlo, puesto que llevaba en él un emisor de señales...

—¡La madre que te parió! —Casi aulló Rufus Bryant.

CAPÍTULO VI

—Pues deberías estarle agradecido —dijo Knight.

—¿Agradecido? —exclamó Rufus—. ¡Me engañó como al tonto más tonto del mundo...!

—Sí, es cierto —sonrió Knight—. Pero yo preferiría eso a que me llenasen el cuerpo de balas, mientras estaba hablando por teléfono, pidiendo un médico.

Rufus Bryant parpadeó. Luego, miró a su jefe, que estaba sentado en la butaquita que poco antes ocupara Mae Barrett. Volvió a mirar a Knight, y soltó un bufido.

Uno de los hombres que habían registrado la cabaña, señaló la maleta y las ropas, colocado todo sobre la cama.

—Esto es todo —dijo—. La maleta es nueva, y los vestidos y demás, también. Vino aquí, se inscribió con el nombre de Mae Barrett, sin mostrar documento alguno, y se dedicó a su trabajo. De todos modos, quizá encontremos huellas...

Rufus soltó otro bufido.

—¡Huellas! —desdeñó—. ¡Claro que encontraremos huellas en una cabaña destinada a alquiler! Y seguramente, conseguiremos las tuyas..., entre un centenar más. La pregunta es: ¿cómo saber cuáles son las tuyas?

—Se puede intentar.

Bryant abrió la boca, con gesto agrio, pero desistió de decir nada. Se quedó mirando sombríamente al suelo. Se sentía irritado y humillado, por haberse dejado engañar. Pero..., ¡qué bien había fingido Mae que había tomado un veneno! ¡La muy...!

—Parecía el principio de una confesión —dijo, de pronto, alzando la cabeza.

Su jefe lo miró vivamente.

—¿Qué?

—Una confesión. Pero, de pronto, se dedicaba a decir que Washington es la capital de Estados Unidos.

—¿De qué estás hablando?

—Del papel, del papel en el que Ira Orwell había escrito todo eso.

—¿Qué es lo que había escrito Orwell? —saltó Knight.

Rufus Bryant lo explicó. Cuando terminó, estuvo silencioso unos segundos, observado por los demás. Luego, añadió:

—Había otro papel doblado dentro del portafolios, pero ése no tuve tiempo de leerlo; ella comenzó su actuación...

—¿Es norteamericana o no? —se interesó Knight—. Ahora que tú has hablado con ella, podemos estar seguros, supongo. ¿Lo es?

—Sí.

De nuevo quedaron todos silenciosos. De pronto, míster Cameron murmuró:

—Rufus: ¿recordará la letra de esa confesión, para compararla con los escritos que localicemos, de puño y letra de Ira Orwell?

—Sí, señor, estoy seguro. Estaba pensando... Bueno, parece que por eso ella les obliga a sentarse ante la mesa del despacho: quiere que escriban algo. Una confesión.

—Sería interesante saber qué tienen que confesar los miembros de esa Junta Consultiva —murmuró Knight, pensativo—. ¿Sí, Bill?

El hombre que había aparecido en la puerta de la cabaña se acercó, fruncido el ceño.

—Acaban de llamar por la radio del coche —dijo—. Nuestros compañeros han localizado el «Dodge» de la rubia... Quiero decir, claro, que lo han localizado burocráticamente. Es de alquiler, y fue alquilado por una muchacha llamada Mae Barrett.

—¿Pagó con tarjeta de crédito? —preguntó Rufus, esperanzado.

—No. Al contado.

—Bien... ¿Y qué más?

—Eso es todo —encogió los hombros Bill.

—¡Pero cómo, todo, hombre! —exclamó Knight—. ¡No me digas que a esa rubia le alquilaron el coche, sin exigirle ninguna documentación personal!

—Ah, sí. Ella mostró un permiso de conducir.

—¡Bien! ¡Entonces, tenemos su dirección, aunque haga tiempo

que haya cambiado de domicilio! ¡Podemos seguirle la pista! ¿Cuál es la dirección, Bill? —Se frotó las manos Knight.

—El 1600 de Pennsylvania Avenue.

—¡Pues vamos a...! ¿Qué?

—Ya me has oído —sonrió Bill—: 1600, Pennsylvania Avenue. El empleado de la «rent-a-car» se tiraba de los pelos cuando nuestro compañero le hizo observar que tenía clientes muy importantes..., ya que residían en la Casa Blanca.

—La madre que... —empezó, una vez más, Rufus Bryant.

—La rubia tiene sentido del humor —sonrió su jefe—, eso es innegable.

—Y muy mala leche —recordó Knight—: se ha cargado ya a cuatro hombres...

—¿Cuatro? Yo diría que sólo tres, Knight.

—Bueno, señor... Yo he contado a Dennison.

—¿Por qué? Dennison se suicidó, ¿no es cierto? Por otra parte, si tuviese mala... leche, habría matado también a Bryant.

—Me pregunto por qué no lo hizo —murmuró Rufus.

—Quizá le caíste bien —sonrió Knight—. Eres muy guapo.

—Déjate de tonterías —gruñó Rufus.

—De acuerdo, vamos a dejarnos de tonterías... Así que quizá tendríamos que aceptar, de una vez, que Dennison no se suicidó, sino que fue... «suicidado». Tal como están las cosas, eso ya no nos sorprendería demasiado, ¿verdad? Podría ser que Dennison hubiese sido el primero en recibir la visita de la rubia, que le exigió esa confesión. Como Dennison se negó, lo mató, pero entonces las cosas estaban en calma, y ella tuvo tiempo de prepararlo todo, de modo que pareciese un suicidio. Luego, al tener que hacer las cosas más precipitadamente, ya no pudo montar el tinglado de aparente suicidio, con los otros.

—Estás olvidando un pequeño detalle, Knight.

—¿Si? ¿Cuál?

—El sistema alfabético. Ella lo ha estado siguiendo hasta ahora. Entonces, ¿por qué habría de empezar por Dennison? ¿Por qué no por Spencer Barton, que habría sido lo lógico, utilizando el sistema alfabético?

—O sea, que eres tú ahora quien piensa que Michael Dennison, en efecto, se suicidó.

—O eso —intervino el jefe—, o no fue la rubia Mae Barrett quien mató a Dennison. ¿No es eso lo que quiere decir, Rufus?

—Sí, señor —le miró Bryant—: exactamente eso he querido decir.

—Eso es absurdo —rechazó Knight—. Ella se ha cargado a tres hombres. ¿Por qué no a cuatro? Y quiero recordar que todavía quedan vivos dos hombres de la Junta Consultiva... ¿Por cuánto tiempo, me pregunto?

—Están bien custodiados —dijo Rufus—. ¿No es así, señor?

A los dos les sorprendió la visible vacilación de su jefe, cuando murmuró:

—Sí... Sí, están bien custodiados, espero.

—¿Cómo, que lo espera? —Se pasmó Knight.

—Hay con cada uno de ellos, es decir, cerca de ellos, vigilando sus casas, los suficientes hombres para que sea prácticamente imposible acercárseles —dijo Cameron.

Los dos agentes no salían de su asombro.

—¿Qué quiere decir prácticamente, señor? —preguntó Rufus.

—He querido decir, humanamente —sonrió su jefe.

—Ah... ¿Contiene eso algún matiz de expresión, que nosotros no captamos?

El jefe no contestó. Rufus Bryant y Knight se miraron. Luego, volvieron a mirar a su jefe, que permanecía muy pensativo, como absorto.

—Bueno —dijo Knight—, puesto que tenemos bien protegidos a esos dos hombres, quizá sería el momento de pensar seriamente en ellos.

—¿Qué quieres decir? —Le miró Rufus.

—Pues que antes de que esa asesina intente tan siquiera llegar a ellos...

—Hay otra cosa —le interrumpió Cameron, saliendo bruscamente de su silencio—... Eso de asesina. No lo veo claro. Es cierto que esa Barrett ha matado, al parecer sin que podamos tener duda al respecto, a tres hombres. Ahora bien, esto sí que habría que matizarlo adecuadamente.

—¿De qué modo, señor?

—Recordemos que Spencer Barton tenía una pistola en la mano, con la que, evidentemente, no se suicidó. Entonces, debemos pensar

que si tenía esa arma en la mano, sería por algo, ¿no? Digamos, por ejemplo, que pretendió disparar contra Mae Barrett, y que ésta, con toda lógica, prefirió que muriese Barton, no ella.

—O sea, que ella, simplemente, se defendió.

—Podría ser, Rufus.

—Entonces, ¿por qué simular un suicidio?

—Ella se divirtió.

De nuevo Rufus y Knight se quedaron mirando, asombrados, a su jefe.

—¿Se divirtió? —exclamó Knight.

—Ya hemos aceptado que nuestra rubia tiene sentido del humor, ¿no es así?

—Sí, señor, pero...

—También hemos de tener en cuenta que quizá ella hizo un... simpático intento para engañarnos. Si pasaba, pasaba. Con ello, nos tendría entretenidos. Mientras tanto, fue por Galloway, el cual, no lo olvidemos, falleció debido a un colapso cardíaco; es decir, que no lo mató ella directamente.

En cuanto a Ira Orwell, no irán a negarme, muchachos, que el truco de la mesa-ametralladora era suficiente para hacer enfadar a cualquiera. Y, además, también tenía una pistola... El resultado de todo esto fue que Mae Barrett salió herida de la casa de Orwell. ¿No es así, Rufus?

—Yo vi la herida en el costado, desde luego. Mejor dicho, la cura que se había hecho ella. Ciertamente, se está jugando el pellejo para obtener esa confesión...

—Un momento —exclamó Knight—... ¿La están ustedes defendiendo?

—Hagámonos una pregunta, Knight —le miró su jefe—: ¿qué es lo que la rubia quiere que confiesen los miembros de la Junta Consultiva..., y que ellos prefieren morir antes que confesar?

—Caramba, señor, ¿cómo podría saberlo yo? Eso debe saberlo la rubia, y sus víctimas.

—No todos han muerto —recordó Rufus—: tenemos vivos todavía a Joel Rooney y Elmer Talbott..., por el momento.

—¿Crees que ella tendrá narices para ir por ellos, pese a saber que están ahora perfectamente custodiados?

—No sé, Knight.

—Tendría que estar loca —aseguró Knight.

—Seguramente. Pero nosotros no tendríamos que estar locos para acercarnos a esos caballeros, y preguntarles qué ocurre. Ellos lo saben, por supuesto.

—Quizá no —rechazó Knight—. Quizá sea alguna jugada especial de la rubia. Y si insiste en ir por ellos..., ¿cómo saber a cuál elegirá primero?

—A Rooney —aseguró Rufus.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Le corresponde su turno, por orden alfabético.

—¿Y crees que la Barrett va a seguir actuando así? ¡Vamos, Rufus...!

—Yo estoy de acuerdo con Rufus —murmuró Cameron.

—Y yo sigo pensando que quizá simplifiquemos todo este asunto, si vamos a preguntarle a Rooney directamente, señor —dijo Rufus.

—De acuerdo —aceptó Cameron, aunque al parecer no de muy buena gana—: vamos a charlar con Joel Rooney.

—¿Le importa llevarme en su coche, señor? —Gruñó Rufus.

—Claro que no.

—Yo también puedo prestarle el mío, si quieres —dijo maliciosamente Knight—: a mí no me lo ha robado ninguna rubia.

—Muy gracioso —gruñó Rufus Bryant, malhumorado, mirándole de reojo—... Pero la rubia y yo todavía no hemos hecho la última jugada.

—Puede que no —murmuró su jefe—..., pero hasta el momento, es ella la que está dándonos jaque, toda la partida, Rufus.

—Ya veremos quién da el mate —gruñó de nuevo Bryant.

Subieron los tres al coche, junto al cual esperaba el chófer del jefe, y, dejando la cabaña del motel en manos de otros compañeros, partieron hacia Washington. Objetivo: el domicilio de Joe Rooney.

Pero cuando estaban ya entrando en la ciudad, sonó la radio de bolsillo de los tres. Se miraron, y el jefe hizo una seña a Rufus para que se encargase de atender la llamada.

—¿Sí? —preguntó Rufus, acercando la radio a su boca.

—¿Quién contesta? —preguntó una voz de hombre.

—Bryant. El jefe está escuchando, a mi lado. ¿Qué ocurre?

—Bueno, aún no lo sabemos bien, pero el asunto no nos gusta;

hay un coche que ha pasado ya dos veces por delante de la casa de Elmer Talbott, muy despacio. Quiero decir, el mismo coche, naturalmente.

—Sí, naturalmente. Entiendo. ¿Va una mujer al volante..., una rubia?

—No. Va un hombre.

—¿Seguro?

—Hombre... Yo diría que es un hombre. Pero para estar completamente seguro, tendría que meterle mano al... entrecejo. Y digo que es un hombre, Bryant.

—¿Va solo?

—Eso parece. ¿Lo cazamos, si vuelve a pasar?

—Nada de eso. ¿Os ha visto?

—Si nos hubiese visto, no creo que estuviese haciendo el memo por aquí. Está... esperando algo. O vigilando. Diríase que se está convenciendo de que no hay vigilancia, precisamente. Y no me sorprendería que, si se convence de ello, intentase algo. Es nuestra impresión, al menos.

—Vamos para allá —murmuró Rufus—. No hagáis nada, mientras tanto, a menos que sea inevitable. ¿Okay?

—Okay.

Rufus cerró la radio, su jefe dio contraorden al chófer, y éste cambió de ruta, posponiendo la visita al domicilio de Joel Rooney para atender en primer lugar a Elmer Talbott.

—Si ese hombre es tu rubia disfrazada —murmuró Knight—, parece que ha olvidado de nuevo el orden alfabético.

—Quizá no sea mi rubia —gruñó Rufus—... Estoy pensando en el coche desde el cual me dispararon. Mi impresión, entonces, fue que eran amigos de Mae Barrett, a la que protegían. Pero quizá no sea así quizá ese tipo del coche, o los del otro coche, sean otras piezas de este incomprensible juego.

—Yo también lo creo así —dijo Cameron.

—¿Por qué, señor? —Le miró Knight.

—La rubia está jugando sola la partida.

—¿Cómo puede usted estar seguro?

—Bueno... Digamos que, si contase con ayuda, ya la habría utilizado antes, ¿no? Rufus se enfrentó con ella sola en la casa de Galloway, ella fue en su coche, sola, a la casa de Ira Orwell. Y sola

estaba también en el motel. ¿Cierto?

—Cierto —asintió Rufus.

—Pues cada vez entiendo menos este asunto —farfulló Knight.

Se quedaron silenciosos. Minutos más tarde, el chófer anunció, sin volver la cabeza:

—Estamos llegando al domicilio de Elmer Talbott, señor.

—Bien. Rufus, comuníquese con los demás para que nos digan dónde están instalados exactamente, y les...

Justo en ese momento, sonó de nuevo el trío de radios. Como la vez anterior, Rufus atendió la llamada.

—¿Sí?

—¡Bryant, han disparado varias granadas desde el coche! —gritó su compañero—. ¡Iban varios hombres dentro, pero agazapados en el asiento de atrás, y han...!

—¡Que no escape ese coche! —aulló Bryant—. ¡Qué no escape, de ninguna manera! ¡Estamos llegando!

Cerró la radio. No tuvo necesidad de decirle al agente conductor que acelerase, pues ya lo había hecho. Los neumáticos rechinaron con fuerza sobre el asfalto..., pero no tan fuertemente que impidieran oír el estampido de algunas ráfagas de metralleta, y, de pronto, un estampido mucho más fuerte. En aquel momento doblaban la esquina, y el rojo resplandor de un incendio tiñó, de pronto, sus rostros...

—¡Hey! —gritó el conductor—. ¡Pero qué...!

Un coche parecía volar hacia ellos, lanzando las luces como queriendo abrirse paso con ellas. Detrás de este coche, otros dos rodaban también a toda velocidad por la amplia calzada, en la que, por fortuna, había poco tránsito, en aquella hora de la noche...

—¡Vamos a chocar! —aulló Knight.

El conductor, lívido como un muerto, giró a la derecha, se subió a la acera, rebotando el coche como si todo él fuese de goma, y se detuvo a una pulgada de la fachada de un edificio, tan seco que los tres hombres que viajaban en el asiento de atrás fueron lanzados, en un revoltillo, al asiento delantero. Knight cayó sobre la espalda de su compañero, aplastándolo contra el volante; el jefe saltó por la derecha de ambos, y fue a darse de manos y cara contra el cristal parabrisas. Junto a él, medio de lado, rebotó Rufus Bryant, fue de nuevo al asiento de atrás, y, sin transición, encontró la manilla de la

puerta, la abrió, y cayó rodando fuera del coche, sacando ya la pistola...

El coche causante del desaguisado había pasado junto a ellos a toda velocidad, y estaba ya a más de treinta metros, llevando detrás los otros dos, a los que pretendía aniquilar por medio de las ráfagas de metralleta que brotaban de las dos ventanillas de atrás...

—Hijos de puta... —jadeó Rufus, extendiendo el brazo—. ¡Me las vais a pagar todas!

¡*Crack, crack, crack!*!, crujió su automática.

El cristal zaguero del coche fugitivo saltó como un surtidor de brillantes diminutos, alcanzado por dos de las balas. La tercera, sin encontrar obstáculo alguno, silbó dentro del coche, y fue a golpear con blando sonido en la nuca del conductor, matándolo instantáneamente. El hombre pareció querer golpear con la frente el volante, rebotó, y cayó de lado, aferrado todavía al volante con tal fuerza, que lo hizo girar todo a la derecha. Fue un giro tan brusco que el coche pareció ir a estrellarse contra la fachada de una casa, pero, de pronto, giró en el aire, cayó, rebotó, volvió a caer, incendiándose ahora y lanzando fuera un hombre y una metralleta, y fue a caer en el centro de la avenida, envuelto en llamas y quedando, por fin, como clavado en el suelo..., mientras el hombre que había salido despedido de su interior terminaba su vuelo grotesco cayendo de cabeza sobre el bordillo, donde quedó inmóvil, como roto.

Los dos coches de la CIA se detuvieron un poco más allá del que ocupaba Cameron y los otros dos agentes, uno a cada lado de la avenida, y varios hombres armados con pistolas salieron a toda prisa, algunos apuntando un tanto desconcertados a Rufus, que aulló:

—¡Soy Bryant! ¡Id a ver qué ha pasado con esos tipos!

Por su parte, se precipitó hacia el coche en el que había viajado, y metió la cabeza por la ventanilla.

—¿Estáis bien? —gritó—. Señor, ¿está usted...?

—Estoy bien —dijo con sorprendente serenidad su jefe—. Pero Mac está herido.

Knight salió del coche, tambaleándose, mientras el conductor se encogía, palpándose con todo cuidado el pecho. Estaba blanco como la leche.

—Creo... creo que me he roto algunas costillas...

—Llama por la radio... —dijo su jefe—. Que venga un médico para ti, Mac. Y ambulancias, y más médicos... ¡Y los bomberos!

Salió del coche, reuniéndose con Rufus, y los dos se quedaron mirando, sobrecogidos, el incendio que rugía unos setenta metros más allá, envolviendo una de las casas, frente a la cual comenzaba a congregarse gente salida de otros edificios, y conductores que habían detenido sus coches... Un hombre corría hacia ellos, cojeando, llevando una pistola en la mano. Cuando se detuvo jadeando ante ellos, los dos vieron la gran mancha de sangre que se extendía por todo el pantalón, desde el muslo izquierdo.

—Han disparado granadas incendiarias... —jadeó—. Lo siento, señor, no pudimos evitarlo. Y parecía que iba un solo hombre en el coche. Pasaron la tercera vez, desaparecieron... Mientras tanto, en una ventana del piso alto de la casa de Talbott se encendió la luz. Cuando el coche pasó por cuarta vez, comenzaron a disparar... No creo que en esa casa hayan quedado vivas ni las ratas.

Rufus y su jefe se miraron, ambos pálidos, demudados los rostros, que tenían un aspecto aceptable sólo gracias al tono que les infería el intensísimo incendio. Desde luego, en una casa como aquélla no era probable que hubiesen ratas..., pero sí personas.

—¿Cuántas personas había ahí dentro? —susurró Cameron.

—Que nosotros sepamos, tres, señor: los Talbott, o sea Elmer Talbott y su esposa, y el agente de protección que llegó con el señor Talbott. No tenemos indicios de que hubiera nadie más.

Se oía ya la llegada de los bomberos. Rufus y su jefe estuvieron unos segundos mirando la casa ardiente, pensando ambos en lo mismo: hubiese quien hubiese en aquella casa, ya estaba muerto. No había nada que hacer.

Se volvieron a mirar el coche incendiado, al que intentaban acercarse algunos agentes de la CIA. Pero, aunque mucho menor que el de la casa, el incendio del coche era también terrible, y a menos de cuatro metros era imposible acercarse, por el momento. Cameron señaló su coche, pero mirando al agente herido.

—Instálese en el coche, con Mac, hasta que llegue el médico.

—Oh, bueno, señor, todavía puedo...

—No puede. Ya nadie puede hacer nada aquí.

—Sí, señor.

El agente se instaló en el asiento de atrás del coche, ayudado por Rufus. Mientras tanto, llegó uno de los hombres que habían acudido al que había salido despedido del coche fugitivo, y Rufus se incorporó, tras ayudar a su compañero a tiempo de oír la explicación del recién llegado.

—Está muerto, señor. Se le ha roto la cabeza, como si fuese un huevo. No lleva ninguna clase de documentación. En cuanto a los otros —se volvió a mirar el coche incendiado—, si llevan encima algo que pudiese identificarlos, no creo que encontremos ni las cenizas. De todos modos, investigaremos el coche.

—Será alquilado —susurró—. Y por supuesto, con nombres falsos..., pero habrá que investigar, desde luego. Aunque si todo lo que tenemos es un cadáver indocumentado y dos cuerpos carbonizados, no creo que lleguemos a ninguna conclusión..., excepto a una: la rubia no tiene nada que ver con esto.

—No, señor —dijo Bryant—. Yo pienso como usted. Salvo que ya no seamos capaces de entender nada de nada, la cosa está bien clara: la rubia va buscando esa confesión, mientras que estos tipos querían impedir que la obtuviese; y para ello han recurrido al método más seguro y expeditivo, eliminación de personal. ¿Puedo exponerle mi teoría, señor?

—Naturalmente —sonrió secamente su jefe.

—Bueno, ya supongo que usted ha llegado a la misma conclusión final: esos tres tipos son los que me dispararon a mí, cuando fui a la casa de Orwell; ellos estaban esperando el momento de eliminarlo, pero al sonar los disparos y aparecer yo, las cosas se les complicaron. Luego, vinieron aquí, y, si no hubiesen muerto, seguro que habrían ido a matar a Joel Rooney también, sabiendo que todos los demás, sea como sea, han muerto. Solamente nos queda Joel Rooney... ¿Qué le parece si llamo a ver qué nos dicen los muchachos que vigilan su casa?

—De acuerdo.

Rufus recurrió a la radio, cuya onda comunicaba a todo el personal que trabajaba en el mismo caso. Apenas llamó, obtuvo respuesta:

—¡Sí! Bueno, ¿qué ha ocurrido ahí?

—Se han cargado a Talbott, creemos —murmuró Rufus—. ¿Cómo están las cosas por ahí?

—Tranquilas.

—¿Ningún coche rondando la casa de Rooney? ¿Ningún sujeto o mujer a pie? ¿Nada? ¿Nadie?

—Todo tranquilo. Solamente ha entrado en la casa un repartidor de telegramas.

—¿Un qué? —Se irguió Rufus.

—Un repartidor de telegramas, de esos de urgencias, ya sabes: servicios nocturnos. Por cierto...

—¿Qué? —Casi gritó Rufus.

—Bueno, hace ya casi diez minutos que entró, y todavía no ha salido...

—¡Atrapadlo en cuanto salga! —aulló Rufus—. ¡Pero no tiréis a matar, ese repartidor es la rubia!

—Pero...

—¡Pero narices! ¡Te digo que es la rubia! ¡Y me voy a hacer un sonajero con vuestros huesos, como se os escape! ¿Está claro? ¡Vamos para allá! ¡Y como se os haya escapado...!

CAPÍTULO VII

Se había escapado.

Los agentes que habían recibido a Cameron y Bryant, estaban lívidos, contemplando el cadáver de Joel Rooney. Estaba sentado en el sillón, ante la mesa de su despacho, echada hacia atrás la cabeza, con un negro orificio de bala en el centro de la frente, que ya todos habían visto. Afuera, la bicicleta de un repartidor de telegramas de urgencia había hecho concebir la esperanza de que todo fuese normal, y que el repartidor estuviese dentro de la casa, quizá tomando un telegrama de respuesta al recibido por Joel Rooney, para cursarlo también con urgencia...

Pero no.

Rufus Bryant había tenido razón, nadie podía discutirlo: Joel Rooney estaba muerto, y el repartidor de telegramas no estaba en la casa. Quienes sí estaban eran la esposa de Rooney y el agente de protección, atados y amordazados. La misma técnica, la misma audacia, la misma seguridad en todas sus acciones.

Sólo que esta vez, la rubia había conseguido su objetivo, finalmente: delante del cadáver de Rooney, sobre la mesa, había un papel, junto a éste una pluma estilográfica, que no podía dudarse era del propio Joel Rooney.

Sin tocar el papel, Rufus y su jefe comenzaron a leerlo, cada uno de pie a un lado del cadáver.

Esto era lo escrito en el papel, de puño y letra de Joel Rooney, y firmado por éste:

«Yo, Joel Rooney, actualmente miembro de la Junta Consultiva para Asuntos Sociales del Presidente de

Estados Unidos, confieso haber intervenido en un complot contra dicho presidente, apoyado por los demás miembros de la Junta Consultiva, a excepción de Michael Dennison, que se negó a participar, motivo por el cual fue asesinado por un experto en simular suicidios. Dicho experto, así como otros hombres, están al servicio de la persona que nos sobornó para el cometido arriba indicado. El complot consistía en asesorar erróneamente al presidente en la mayor parte de sus actuaciones públicas futuras, a fin de deteriorar tan definitivamente su imagen ante el pueblo norteamericano, que no tuviese la menor oportunidad de ser reelegido. Y ello, para conseguir la elección de otro hombre que estaría al servicio privado de un grupo de influyentes personalidades norteamericanas que tienen sus propios planes sobre el futuro bélico, económico y político de la nación para los próximos cuatro años. Desconozco los nombres de estos influyentes personajes, pero afirmo que la cabeza visible de ellos, la persona que nos sobornó a Talbott, Barton, Orwell, Galloway, y a mí mismo, es el senador Thomas D. Hillman, quien sin duda sí conoce a esas personas.

»Firmado: Joel Abelarclus Rooney».

Cameron y Rufus, demudados los rostros, cambiaron una mirada. El primero miró a uno de los pálidos agentes a los que se les había escapado la rubia.

—Llamen, desde el coche, a la central —murmuró—. Acción de máxima prioridad y discreción absoluta: que envíen un equipo de especialistas a detener al senador Thomas D. Hillman.

—Sí, señ... ¿Al senador Hillman, señor?

—Sí.

—Sí, señor... Enseguida.

—¿Qué hacemos con la señora Rooney, señor? —preguntó otro

agente—. Está arriba, víctima de un ataque de histeria.

—Que siga arriba, hasta que llegue un médico para atenderla. Por ningún motivo, debe bajar aquí. Vamos, muévanse todos: hay muchas llamadas que hacer, y muchas cosas que atender, ¿no es cierto?

—Sí... Sí, señor.

Rufus y su jefe quedaron solos en el despacho. El segundo se dejó caer en un sillón. El primero se quedó contemplando el negro orificio en la frente de Joel Rooney. Por fin, miró a su jefe, y murmuró:

—A éste sí se lo ha cargado directamente, señor. Y sin peligro para ella, al parecer: lo ha asesinado.

—Así es —admitió apaciblemente Cameron—. Digamos que lo ha... ejecutado.

—Sí, señor, pero... Bueno, lo ha asesinado, ¿no?

Su jefe se quedó mirándolo, siempre apaciblemente.

—Técnicamente hablando, sí, lo ha asesinado, Rufus. Pero... ¿qué habríamos hecho, si hubiésemos capturado con vida a este traidor? Se le habría tenido que juzgar, y él se habría defendido, delatando al senador Hillman, quien a su vez habría delatado a los demás. Con perdón por la expresión, digamos que las salpicaduras de mierda habrían llegado a todas las partes del país. Otro escándalo en Estados Unidos. Ultimamente, desde luego, nuestra nación no se está cubriendo de gloria, precisamente. Es mejor así: eliminados los traidores, todo quedará... paralizado, y los promotores de toda esta porquería se limitarán a callar y a olvidar sus proyectos. Fin del asunto.

—¿Cómo fin del asunto? ¡Queda el senador Hillman, que dirá todo lo que...!

—El senador Hillman no dirá nada, Rufus.

—¡Le obligaremos a...!

—No se trata de eso. ¿No lo entiende, hijo? Cuando nuestros compañeros lleguen a detenerlo, lo encontrarán muerto. ¿A quién cree usted que se cargaron, en primer lugar, los tres asesinos del coche incendiado?

—¿Al senador Hillman? —jadeó Rufus.

—Naturalmente.

Rufus se mordió un instante los labios.

—Claro... Tiene usted razón, señor. En cuanto las cosas comenzaron a ponerse mal, en cuanto esa gente supo que alguien andaba detrás de los miembros de la Junta Consultiva, temieron lo peor, y decidieron eliminarlos a todos..., empezando por el hombre que les servía de cabeza visible, y que los conocía a todos: el senador Hillman.

—Ojalá nos equivoquemos, pero lo dudo: Hillman tiene que estar muerto ya. Asunto terminado. Pero, al menos, hemos evitado que determinadas personas tomaran el mando invisible de la nación, a la que habrían utilizado quién sabe cómo y con qué fines estrictamente para sus fines personales. No es poco, ¿verdad?

—No... No, señor, no es poco. ¡Demonios, es más de lo que podríamos pedir, incluso!

—Pues así están las cosas —sonrió—. Si nosotros...

El teléfono de la mesa sonó. Los dos lo miraron vivamente, cambiaron luego una mirada, y, a una seña de su jefe, Rufus atendió la llamada.

—¿Sí?

—¿...?

Rufus quedó pasmado un instante, muy abiertos los ojos. Miró a su jefe, y exclamó:

—¡Es Mae Barrett...! Sí, sí, soy yo, rubia... ¿Dónde has dejado mi coche?

—Muchas gracias. Pasaré a recogerlo Cameron se había situado junto a Rufus, y éste colocó el auricular de modo que su jefe pudiese escuchar la voz de la rubia. —Bueno, nena, lo has conseguido: te los has cargado a todos, aunque en el caso de Talbott, haya sido indirectamente. Y ahora, ¿qué? ¿Podremos vernos en plan amistoso, y aclarar qué parte es la tuya en todo este montón de mierda?

—Ojalá podamos vernos, Rufus —oyeron ambos la voz de la rubia Mae Barrett—. Pero no sé si será posible.

—¿Por qué no? —Gruñó Rufus.

—Temo que a mí también van a matarme. Hasta ahora he conseguido ir escapando, pero sé que me encontrarán...

—Escucha, rubia, hagamos las cosas con inteligencia y sensatez, ¿de acuerdo? Dime dónde estás, yo paso a recogerte, y te aseguro que a ti no llegará ya nadie dispuesto a matarte. ¿De acuerdo?

—Sí... De acuerdo. Y gracias, Rufus. Confiaba en que me ayudarías, y que no me guardarías rencor por...

—Bueno, corta el rollo. ¿Dónde te recojo?

—Si te parece bien, en lugar de dejar tu coche donde te he dicho, puedo pasar con él por delante de la Casa Blanca.

—Vale. Nos encontraremos allí. Yo te estaré esperando. Hasta luego, rub...

—Espera un momento, Rufus. Quizá no sea tan fácil... Quizá no consiga llegar, de modo que, por si fuese así, quería decirte quién soy y cuál ha sido mi parte en esto.

—De acuerdo. Adelante: soy todo tímpanos.

—Verás... Yo soy..., quiero decir era la amante de James Galloway, y...

—Pero ¿qué dices?

—No me interrumpas, por favor. Yo era la amante de James Galloway, así que «ellos» me conocen. Me enteré de lo que estaban preparando, y supe que Michael Dennison no había querido tomar parte en el complot. Estaba muy asustada, no quería meterme en semejante lío, pues al ser la amante de Galloway, si algo fallaba, yo también habría sido detenida..., bueno, todo eso. ¿Me sigues?

—Claro.

—Me asusté mucho... Pensé que sería una buena idea ir a ver a Michael Dennison para pedirle consejo y ayuda, a cambio de informarle de que habían decidido eliminarlo. Entonces supe que ya lo habían hecho, que... que ya había sido encontrado suicidado. No supe qué hacer entonces, y...

—¿No supiste qué hacer? —Gruñó Rufus—. Pues lo que estás haciendo ahora, nena: contárnoslo todo a nosotros.

—No sabía a quién acudir. Además, ¿quién iba a creermelo? Galloway tenía... un apartamento muy bonito y discreto..., y fue precisamente allí donde hicieron la reunión en la que yo me enteré de esas cosas. El creía que yo estaba fuera del apartamento, pero no era así. Les había oído llegar, y, para que nadie me viese, me escondí, por si él quería decir que el apartamento lo había alquilado sólo para aquella reunión, o algo así... Bueno, me escondí, y no salí hasta muy tarde, cuando ya hacía mucho que todos se habían marchado...

—¿Me estás tomando el pelo?

—No, no... ¡Tienes que creerme! Después de saber que al señor Dennison ya lo habían matado, me asusté aún más. ¿Quién iba a creerme a mí? Así que decidí conseguir esa confesión yo misma, y así todos tendríais que creerme. ¿Lo comprendes?

—Lo comprendo perfectamente. Pero es el cuento más fantástico que me han contado..., después de aquello de que los niños vienen de París.

—¡Es la verdad! Te lo podré demostrar mejor cuando me recojas. Pero, por si no llego a la cita, ya sabes toda la verdad.

—De acuerdo. Voy para allá a recogerte, rubia.

—Sí. Pero, Rufus, si no he aparecido antes del amanecer, olvídalos: querrá decir que me habrán matado, que ya nunca nos volveremos a ver, pues estoy segura de que harán desaparecer mi cadáver... Recuérдалos: si al amanecer no he aparecido, es que ya nunca apareceré.

—Está bien. Ya tenemos todo el tinglado resuelto, pero me gustaría que acudieses, rubia... Cuestión personal, ¿entiendes?

—Sí... —rió ella, nerviosamente—. Hasta luego, Rufus.

—Hasta luego, rubia.

* * *

No hubo «hasta luego».

Mae Barrett no acudió a la cita.

Dentro del coche, Rufus Bryant y su jefe, que no había aceptado de ninguna manera perderse aquel encuentro, estuvieron esperando en vano hasta el amanecer. Para entonces, por medio de la radio, ya había recibido hacía rato el informe: el senador Thomas Hillman había sido hallado suicidado. Bueno, no hacían falta más explicaciones, realmente: los tiburones se habían deshecho de sus sicarios, y se habían esfumado, irritados, sin duda, pero sabiendo ya que sus planes no podrían jamás cumplirse.

A costa de muchas vidas, entre las cuales, indudablemente, estaba la de Mae Barrett, que, obviamente, había sido eliminada, tal como ella había temido.

Con la primera claridad solar, Rufus Bryant y su jefe se miraron, y el primero murmuró:

—Bueno, señor, parece que así termina este asunto.

—Sí... —murmuró también su jefe—. Así parece, Rufus. Será mejor que nos vayamos: tenemos todavía mucho trabajo que atender.

—Sí, señor... Mucho trabajo. Descansa en paz, rubia.

ESTE ES EL FINAL

La pelirroja era aún más bonita en la realidad que en las fotografías, así que cuando ella abrió la puerta, y apareció ante los expectantes ojos de Rufus Bryant, éste quedó como fascinado.

—¿Sí? —murmuró la pelirroja.

Rufus Bryant tragó saliva, y acto seguido pudo preguntar:

—¿Señorita Dennison? ¿Loretta Dennison?

—Soy yo, sí... ¿Qué desea?

—Señorita Dennison, soy Rufus Bryant, agente de la CIA para investigaciones especiales... Bueno, he sabido que usted regresó ayer, y... Espero que su estado de ánimo sea apacible, señorita Dennison. Quiero decir que supongo que mi jefe, el señor Cameron, le explicó a usted todo lo que... O sea, la verdad de todo el asunto que...

—Así es —parpadeó Loretta—. Apenas llegué de mi viaje, el señor Cameron vino a verme, y lo primero que me dijo fue que mi padre no se había suicidado, sino que... ¿Entiendo que usted intervino en todo lo que me explicó ayer míster Cameron?

—Digamos que fui el... eje sobre el cual giró todo. También hubo otro personaje, una chica llamada Mae Barrett...

—Ah, sí. Míster Cameron me explicó... Señor Bryant: ¿qué es lo que desea usted de mí exactamente?

—¿Puedo pasar?

—Bueno, es que estoy muy ocupada, poniendo orden en la casa, y...

—Oh, permítame ayudarla. ¿Sabe? Conozco su casa a la perfección. Mientras usted estuvo de viaje, y con el permiso de mi jefe, claro está, me di una vuelta por ella. Espero que eso no la predisponga contra mí, señorita Dennison.

—No, no... Pero me gustaría saber qué es lo que desea, señor Bryant.

—En primer lugar, entrar. ¿Puedo?

Loretta vaciló, pero, por fin, se apartó de la puerta. Rufus Bryant entró, esperó a que la muchacha cerrase la puerta, y señaló hacia el salón.

—¿Le parece que entremos ahí? Le presentaré a la muchacha de la cual me enamoré, en cuanto la vi.

—No comprendo...

—Se lo explicaré... —Rufus la tomó de un brazo, tranquilamente, y la llevó hacia el salón—. Cuando entré en su casa, no había nadie en ella, desde luego. Usted estaba de viaje, pero, afortunadamente, no se llevó este retrato —señaló el de Loretta, a los dieciocho años—. Verla y enamorarme de usted fue todo uno, señorita Dennison.

—Bueno, señor Bryant, es... es usted muy amable, pero...

—Sí, señor, quedé locamente enamorado de usted. ¿Cómo debe ser ahora, a los veintitrés años?, solía preguntarme continuamente. Así que, en cuanto he sabido que usted había vuelto, he venido para conocerla personalmente y declararle mi amor tormentoso, impetuoso y fogoso.

—Usted... usted se está burlando de mí, señor Bryant...

—Claro que no. Mire, vamos a hacer el juego de las suposiciones... ¿Lo conoce usted?

—No... No.

—Se lo explicaré. Es un juego sencillísimo. Todo se basa en hacer suposiciones sobre una persona..., y voy a tomarla a usted como personaje para el juego. ¿Le parece bien?

—Yo preferiría...

—Muchas gracias. Así pues, empezamos. Vamos a ver... Supongamos que usted, a quien su padre amaba muchísimo, lógicamente, no es una jovencita indefensa, como seguramente él y las demás personas que la conocen creen que es. Vamos a suponer que usted, hija única, y por más señas, hembra, fue apartada de todo lo que oliese a espionaje por su padre, quien, lógicamente, no quería que su niñita querida, su pequeña Loretta, corriese jamás peligro alguno. ¿Supuesto?

—Señor Bryant...

—Pues sigo adelante. Veamos... Sí, supongamos que todos piensan que la bellísima, dulce, delicada Loretta, es incapaz de... saltar un seto, por ejemplo. Pero supongamos también que la realidad es otra: mientras todos, empezando por el señor Dennison, creen que su hijita mimada es toda una señorita delicada y frágil, usted, que siempre ha admirado a su padre, se ha estado dedicando, naturalmente a escondidas, a aprender... karate, por ejemplo; y a disparar con varias armas; y a mentir; y a desfigurar la voz; y a utilizar la astucia... Supongamos, señorita Dennison, que usted ha estado aprendiendo esa serie de cosas, siempre a escondidas de su padre..., a fin de no preocuparlo, y a fin de que, cuando le dijese usted que quería alistarse en la CIA, él no pudiese objetar nada. Usted quería seguir los pasos de su padre. ¿Cierto?

—Señor Bryant...

—Oh, pero si todo son suposiciones. Usted, quizá creyendo que su padre estaba decepcionado por haber tenido sólo una hija, se entrena magníficamente, esperando el día en que se presentará ante el autor de sus días, y le dirá: «Papá, quiero ser espía, como tú, y no me lo prohíbas porque ya estoy preparada para ingresar en la CIA». Sí, señor, es usted una buena hija. Y una chica valiente y decidida..., así que cuando «suicidan» a su padre, usted dice que se va por ahí, y lo que hace es convertirse en Mae Barrett. ¿Por qué? Porque usted sabe lo que ha ocurrido, ya que su padre la informó. Pero, después de que lo asesinaron a él, ¿era prudente hablar? Era mejor simular que usted no sabía nada, y buscar las pruebas para... aplastar a esos traidores que, además, habían asesinado a su padre. Así que lo prepara todo, acude al entierro, se va con su coche..., y nace Mae Barrett. ¿Me sigue usted, Loretta?

—Usted... usted está loco.

—No son más que suposiciones..., que nunca diré a nadie. Ni siquiera a mi jefe. Dejaremos que todos crean que Mae Barrett fue... eliminada por los restos de cierto grupo de asesinos. Vale, pelirroja: Mae Barrett, aquella rubia tan audaz, que llevaba lentes de sol además de lentillas de contacto de color oscuro, maquillaje en abundancia, rellenos en las mejillas y en las fosas nasales, etcétera, para disimular sus facciones..., aquella rubia, ha muerto. Pero antes de morir, ella y yo sostuvimos... cierta relación que nos complació mucho a los dos. Y, a falta de Mae Barrett, he decidido seguir esa...

relación con usted, amada Loretta.

—¿Qué relación?

—Yo no diré nunca nada a nadie. Vamos a dejar las cosas como están. ¿Para qué liarlas más? Supongamos que tú eres Mae Barrett, que me amas..., y eso es todo. ¿O no me amaste en aquel momento, Loretta?

—¿Qué momento?

—Cuando nos entregamos el uno al otro, en la cabaña del motel The Birds. Oh, perdona... ¡Olvidaba que fue Mae quien se entregó a mí, intentando hacerme dejar la pistola para hacer un intento de escapar...! Y como no lo consiguió, simuló envenenarse... Una historia muy interesante... ¿Te la cuento completa?

Mientras hablaba, Rufus Bryant había ido quitándole la blusa a Loretta. Miró el apósito que cubría la herida del costado, pero no hizo comentario alguno al respecto. Simplemente, le quitó los sujetadores. Hecho esto, y tras contemplar los preciosos senos de Loretta Dennison, Rufus miró los ojos de ésta, que sonrió y movió negativamente la cabeza.

—No... —susurró—. No me lo cuentes, Rufus.

—¿Te parece preferible que la historia continúe a partir de ahora, simplemente?

—Mucho mejor... —Loretta se colgó del cuello del agente de la CIA para investigaciones especiales—. Lo único que me preocupa es que te gustase mucho la rubia Mae Barrett..., y que no te gustase la pelirroja Loretta Dennison.

—A decir verdad, nunca me gustaron las rubias. Lo que significa que te prefiero así, pelirroja, ojos azules, y sin maquillaje. Estabas horrenda con tanto maquillaje.

—Suponiendo que yo soy Mae Barrett... —rió Loretta—. ¡No olvides que todo es un juego!

La última prenda de ropa de Loretta cayó al suelo. Rufus Bryant contempló el espléndido cuerpo de la muchacha, tras apartarla suavemente. Luego, miró los hermosos ojos azules fijos en él... No, no eran exactamente azules, sino... verdiazules. Sí, verdiazules...

—¿Un juego? —susurró Rufus Bryant, abrazándola de nuevo—. Muy bien, pues sigamos con él: supongamos que tú y yo nos besamos en la boca, mientras caminamos hacia tu dormitorio...

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...

Notas

[1] The Birds: Los Pájaros, en inglés. < <